



SUMARIO

| Pgs. | | Pgs. |
|---------------------------|--|------|
| 87 | Hechos y Notas, por Luis Orrego Luco..... | 95 |
| 88 | Un gran duelo, por Fernán Ruiz..... | 96 |
| 94 | El amor á la Naturaleza, por A. Bórquez Solar..... | 97 |
| 96 | Un Velázquez discutido..... | 99 |
| 97 | El Columpio Dorado, por Gabriel del Mar..... | 99 |
| 98 | Nuestros paisajistas: Alberto Valenzuela Llanos , por Joaquín Fabres..... | 99 |
| 100 | El Idilio..... | 100 |
| 105 | Camilo Lefèvre..... | 101 |
| 107 | Una tarde mística, por Angel C. Espejo..... | 102 |
| 109 | Frescos pintados por Pablo Gaidano..... | 103 |
| 111 | Jueves Santo, por Sombra..... | 105 |
| 113 | Carta á Paquita, por Onda..... | 105 |
| 114 | El templo de la Felicidad, por Wini..... | 106 |
| 116 | Los últimos años de un soberano de la elegancia, por Bradomín..... | 107 |
| 119 | Los líricos y los épicos, Guillermo Matta , por Miguel Luis Rocuant..... | 108 |
| 121 | Crónica del Centenario.—La ciudad de Santiago, por B. Vicuña Subercaseaux..... | 110 |
| | | 111 |
| | | 112 |
| | | 113 |
| | | 114 |
| | | 116 |
| | | 119 |
| | | 121 |
| GRABADOS | | |
| 86 | El Marqués y Mrs. Hallet..... | |
| 88 | S. M. Eduardo VII..... | |
| 89 | S. M. Eduardo VII en diversas edades..... | |
| 90 | S. M. el Rey Jorge..... | |
| 90 | S. M. la Reina Victoria..... | |
| 90 | Grupo de príncipes de la Corona..... | |
| 91 | Jacques I, Carolina de Brandeburg-Auspach, Jorge II Jorge I..... | |
| 92 | Jorge III de Gran Bretaña, rodeado de su familia..... | |
| 92 | Victoria, Reina de Gran Bretaña..... | |
| 94 | A la Nazimova..... | |
| 95 | El té, cuadro de Ricardo Miller..... | |
| | | 95 |
| | | 96 |
| | | 97 |
| | | 99 |
| | | 99 |
| | | 100 |
| | | 101 |
| | | 102 |
| | | 103 |
| | | 105 |
| | | 105 |
| | | 106 |
| | | 107 |
| | | 108 |
| | | 110 |
| | | 111 |
| | | 112 |
| | | 113 |
| | | 114 |
| | | 116 |
| | | 119 |
| | | 121 |
| PAGINAS EN COLORES | | |
| | Un alto delante de la posada, cuadro de Meissonier..... | 93 |
| | Plaza del Erbe (Verona), cuadro de Valenzuela Llanos..... | 98 |
| | En el destierro, cuadro de Lugen Kirchner..... | 115 |
| INSERCIÓN | | |
| | Paisaje , por A. Valenzuela Llanos..... | |

SELECTA

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

Año II
Número 3

EMPRESA ZIG-ZAG
EDTS. PROPIETARIOS

Santiago de Chile, Junio de 1910

DIRECCION:
TEATINOS 666

Precio:
UN PESO



EL MARQUES Y MRS. HALLETT



HECHOS Y NOTAS

Hace algún tiempo, estuvo entre nosotros el ilustre general inglés Baden-Powell, que tanto se distinguió durante la guerra del Transvaal, en contra de los boers del Africa del Sur. Su visita, á más del grato recuerdo de su país, ha dejado en Chile una institución tan hermosa como nueva, destinada á producir grandes bienes. Ha sido una semilla que rápidamente florece, tomando día á día extensión más vasta y más poderosa influencia. Los *Boy Scouts* ya no son únicamente patrimonio de la raza sajona; se han aclimatado felizmente entre nosotros.

Durante las festividades del Centenario de Mayo, por primera vez en Santiago de Chile, se han presentado uniformados y regimentados, casi con aspecto de veteranos, los *Boy Scouts* chilenos. El uniforme gris plateado, el calzón corto, la media de lana que cubre la pierna, el sombrero de fieltro de anchas alas, el largo bastón de alpinistas, les dan á esos niños un aspecto marcial, algo que hace recordar, á un mismo tiempo, lo que fueron los puritanos de la vieja Inglaterra, y lo que son los soldados del día. Es, que, en realidad, la nueva institución, tiene algo del espíritu monástico y algo también del régimen militar: se educa el cuerpo y se levanta el espíritu. Se robustecen los músculos, se acostumbra á los niños á largas caminatas, á las marchas forzadas de las campañas futuras—de esas guerras futuras fatalmente señaladas en el reloj de la historia para todos los pueblos,—y, junto con esto, se forma la parte moral de los niños, se les inculca el culto del deber, el amor á la patria, la admiración por las acciones nobles y por los sentimientos generosos.

Hace pocos días, la viuda del ilustre Arturo Prat, entregaba, á nombre de la Institución, dos libros á unos niñitos que habían atendido y llevado á su domicilio á un obrero herido en un accidente. Esa es la parte más hermosa de la institución de los *Boy Scouts*, la que investiga con mirada penetrante las buenas acciones, y dice á los demás niños: “Ahí tienen ustedes algo que deben imitar. Es preciso ayudar á los desgraciados, socorrer á los que sufren, dar un pan á los desvalidos, reparar, en cuanto les sea posible, los errores y las desigualdades de la vida. Contemplen con honda simpatía todo sufrimiento humano, y lleven la palabra ó la obra de alivio. La humanidad es una gran cadena en la cual todos somos eslabones y nos encontramos unidos por lazos de la más estrecha solidaridad. Ayudémonos los unos á los otros, tratando de realizar en este mundo la grande, la inolvidable palabra de Cristo: “Amaos los unos á los otros”.

Pero los niños no alcanzarían á comprender una doctrina abstracta. El prestigio y el placer del uniforme, del aparato militar, de las formaciones, de las músicas marciales y de las banderas, los atraen á formar parte de un cuerpo, sin darse cuenta de que allí, entre los *Boy Scouts*, van á encontrar la corriente de moralidad y de sentimiento destinada á vigorizar y entonar las almas jóvenes.

El 21 de Mayo desfilaron por primera vez regimentados por las calles de Santiago, seguidos de sus padres y parientes, que admiraban, desde lejos, su actitud marcial de jóvenes guerreros,

y les seguían con los ojos y con los corazones. Lucía un hermosísimo sol más de primavera que de invierno; resonaban los ecos de la banda militar, flotaban al aire las banderas, y los niños, convertidos en hombres, sintiéndose ya hombres, fueron á saludar á la viuda del héroe de Iquique, llevándole un ramo de flores en el aniversario del gran sacrificio patriótico. La distinguida señora, firme, al principio, y serena, no pudo contener las lágrimas que rodaban silenciosas por sus mejillas. Y los hombres que estaban cerca de ella, los directores de la institución, tampoco alcanzaban á ocultar la emoción profunda que los embargaba.

Allí, al pie de la ventana, se encontraban alineados los niños, los *Boy Scouts* chilenos, contemplando ávidamente la fisonomía, las líneas delgadas y enflaquecidas de la que fué mujer del más grande entre nuestros héroes. A sus grandes ojos infantiles debió presentarse el drama de Iquique, el combate sangriento, el hundimiento del buque, la tragedia inmortal, agrandada por la imaginación propia del niño. El salto de Prat á la cubierta del Huáscar, la muerte de Serrano en su tentativa loca de abordaje, el último cañonazo de Riquelme, eran episodios que todos los niños conocían; y todo eso debía renacer ante sus jóvenes almas en presencia de la mujer del héroe. Luego Prat no era un personaje mitológico, un ser de leyenda, como Hércules, como el Cid Campeador, como Hernán Cortés,—que ya pertenece también á la leyenda,—sino un personaje real, de carne y hueso, cuya viuda estaba ahí, detrás de los cristales de una ventana, como para decirles que no se trataba de una leyenda de romancero sino un episodio de la vida nacional.

Y mientras lloraba en silencio la viuda de Prat, los niños, los *Boy Scouts* alineados en la calle, debían comprender el sentido íntimo de una ceremonia tan augusta y tan sencilla, para no olvidarla cuando sean hombres al paso inevitable de los años que llegarán á platearles los cabellos. Era el saludo al sacrificio, el homenaje á la muerte por la Patria, la idealización del supremo deber cumplido. Llega un momento en que todas las penurias, todos los sacrificios, todas las pobrezas de la viuda abandonada del héroe, tendrán la más alta recompensa en el cariño afectuoso de un pueblo entero. Eso vale más que los millones, más que los honores, más que las vanidades de la tierra, y todo eso se alcanza elevando el alma al sacrificio.

Los *Boy Scouts* han tenido una iniciación feliz de vida moral.

Mas, junto con esto, la nueva institución presenta otro aspecto que no podemos desdeñar. Sirve para formar hombres, para endurecer los cuerpos, para fortificar los músculos. Mediante largas caminatas se formarán hombres de acción. El verdadero soldado se forma en las marchas, mediante privaciones, con hambre y con sed, haciendo sacrificios de todo género. Y esos trabajos no quedarán perdidos.

Los padres pueden estar ciertos de que les servirán á sus hijos en la vida los años de aprendizaje de *Boy Scouts*. El nervio y el músculo han constituido, en gran parte, el triunfo de la raza anglosajona.

Luis ORREGO LUCO

Un gran duelo. - S. M. Eduardo VII

Jamás fallecimiento de Soberano alguno había producido la honda y general impresión, que la noticia de la muerte del Monarca inglés ha causado.

En el rey Eduardo VII se juntaban las condiciones de un hombre de estado notable, de un espíritu superior y admirablemente equilibrado con las del más brillante de los hombres del mundo. Reunía en sí, las condiciones de un Thiers, en los asuntos políticos, y el atractivo fascinador y elegante del conde d'Orsay, de Jorge Brummel y del Duque de Morny. Y si se le hubiera interrogado en su fuero interior, acaso hubiera sido para él más importante el antiguo centro de Petronio, que el de Napoleón. Y, pues, sobre todo, le agradaba el dominio espiritual y exquisito del arte y del mundo.

El gran monarca recién fallecido nació el 9 de Noviembre de 1841.

La ceremonia de su bautizo, efectuado en la capilla de San Jorge, en Windsor, fué imponente y espléndida. El príncipe consorte y la reina Victoria se amaban con el amor más tierno y más delicado, y habían realizado en el trono, como se ve muy pocas veces, un poema de amor.

El rey Federico Guillermo IV, de Prusia, servía de padrino en la ceremonia, en la cual se unían las familias reales de Alemania y de Inglaterra en un regocijo común. El real niño fué bautizado en una fuente de oro macizo, y en la ceremonia del banquete dado en Windsor, se usó la enorme ponchera de oro del rey Jorge IV en la cual cabían treinta docenas de botellas de champagne.

Los manes del Petronio de Brummel y hasta de Pantagrúel, debieron sonreírse ante una entrada al mundo tan expresiva como reveladora.

El niño recién bautizado tenía que ser un vividor, y no vividor cualquiera sino uno de los más elegantes y perfectos, uno de los más exquisitamente distinguidos que recuerda la historia.

Los acontecimientos de la infancia, en Eduardo VII no tuvieron mayor interés. Fué un niño como todos los niños. Pero tuvo de

aya hasta los siete años á Lady Syttelton, hermana de Missis Glodstone, en quien halló las grandes y severas enseñanzas de las familias puritanas y serias de la vieja Inglaterra.

A los ocho años, el joven príncipe Gales, como lo llamaba un distinguido hombre público chileno, pasó á manos de un preceptor, Mr. Birch, hombre joven, bueno, sano de alma, instruído.

Se querían mantener lejos del público las intimidades del hogar, y la reina evitaba que se hablase de sus hijos, educado en la Marsery, tranquilamente, como todos los niños ingleses. Del recinto infantil se habían desterrado los juguetes, y el joven príncipe de Gales se encontraba sometido á la disciplina más severa. En Osborn, tenía un "cottage" en el cual aprendía diversos oficios, entre otros, el de carpintero, y luego, el de jardinero. Figuraba en las listas de pagos, y trabajaba con sus manos durante cierto número de horas.

Esa era una enseñanza muy alta para un futuro rey, enseñanza de disciplina moral y de trabajo como base de la vida. Los monarcas del Celeste Imperio cultivan la tierra, y la rompen con arados de oro, en ciertas épocas, á principios de otoño. El príncipe de Gales desde muchacho, era educado por sus padres en el respeto del trabajo supremo y altísima ley de la vida, y superior disciplina del espíritu y del corazón en los niños y en los hombres. Por otra parte, el príncipe de Gales tenía el más hermoso ejemplo del hogar, al comenzar la vida, en el del príncipe Alberto y de la reina Victoria, unidos por cariño entrañable.

Era la suya una casa modelo, de afectos sinceros y de virtudes simples, una casa de idilio, en la cual se veían todos los buenos ejemplos de la familia honrada y del deber cumplido, del respeto cariñoso. Cuando era muchacho siguió con el más vivo interés el estallido de la guerra de Crimea y asistió en compañía de su ilustre madre á las Cámaras de los Lores á la lectura del primer Mensaje que siguió



Albert Edward
Windsor
Le 12 Octobre 1862



El rey Eduardo VII á la edad de 5 meses, y la princesa real.

á la ruptura de las hostilidades.

En el año 1885, el joven príncipe acompañaba á su padre y á su madre en la visita que hicieron á París. Desde el tiempo de Enrique VI era la primera ocasión en que los monarcas de Inglaterra visitaban á Francia. El segundo Imperio, establecido por Napoleón III, efectuaba una resurrección brillante, con los atractivos imponderables de sus fiestas. La monarquía francesa caía con los Bor-



El Rey Eduardo VII á la edad de 11 años (1852). Cuadro de Winterhalter.

Al detenerse ante los restos del poderoso y genial Emperador, la Reina Victoria dijo al príncipe de Gales:

—Arrodíllate ante la tumba del gran Napoleón.

De vuelta, entraba á la Universidad de Edimburgo, para adquirir en ella conocimientos de historia, de leyes, de filosofía y de ciencias naturales.

El doctor Playfair le enseñaba química aplicada á la industria, y después de cada lección el futuro soberano visitaba la fábrica para ponerse en contacto con los obreros y estudiar de cerca los procedimientos de manufacturas.

Así, de joven estudiaba á un mismo tiempo

las cuestiones de fabricación y técnicas, y los asuntos de comercio y los problemas sociales que han de constituir las más graves preocupaciones de los obreros en nuestro tiempo.

La educación del príncipe que fué más tarde el rey Eduardo VII, fué la de un "gentleman" inglés de gran nacimiento, modificada por la necesidad de prepararlo para su elevado destino. La reina Victoria puso en manos de su marido el príncipe consorte el cuidado de educar al futuro monarca de Inglaterra, y como el príncipe Al-

berto consultaba y escuchaba con gusto al barón Stockmar, la infancia de Eduardo VII se resintió un poco de estas dos influencias alemanas. Fué sometido á un régimen severo, á una disciplina prusiana, en cierto



El Rey Eduardo VII á la edad de 3 años (1844). Cuadro de W. Hensel.

bones, se transformaba nuevamente en una corte de aparato y de lujo. El Imperio había restablecido el orden concluyendo con la revolución y sus barricadas.

Una era de progreso y de fiestas de esplendor y de lujo se iniciaba con las transformaciones hechas á la capital francesa por la iniciativa del barón Haussman. La Emperatriz Eugenia seducía con su belleza incomparable. Todo era fiestas en la ciudad encantada que los monarcas de Inglaterra visitaban. Visitaron la tumba de

de Napoleón I, en los Invalidos.



El rey Eduardo VII á la edad de 7 años (1848). Cuadro de Winterhalter. (Colección de S. M.)

Y todos rezaron en silencio, en el silencio augusto de las grandes emociones, ante el sarcófago del gran conquistador de la Europa.

El joven príncipe de Gales quiso permanecer en Francia algún tiempo más, pero, la reina no lo consintió.

No pudo impedir, sin embargo, que en el corazón de su hijo naciera una admiración ilimitada por esa tierra de arte y de belleza, de gracia y de alegría.

Al cumplir el joven príncipe los veinte años, recibió de su madre una de las cartas más admirables que se hayan escrito, en la cual le señalaba sus deberes para con el pueblo británico, de norma futura para su vida. Poco después emprendía un viaje de incógnito á través de Europa, con el nombre de Renfrew.



El rey Eduardo VII en traje de Académico (1859). Cuadro de Sir J. W. Gordon.



El Rey Eduardo VII á la edad de 14 años (1855). (Cuadro de R. J. Lane. Castillo de Windsor.)

modo, que obscurió un tanto sus primeros años, pero sin triunfar, sin embargo, de su naturaleza generosa, la cual hubo de predominar. Su paso por la escuela de Eaton, y por las de Oxford y Cambridge y el trato frecuente con jóvenes ingleses de su edad, vencieron esa primera educación despojándolo de lo que tenía de excesivamente germánico. Sin embargo, han quedado algunos rastros de ello en ciertas particularidades del carácter de Eduardo VII; su costumbre de levantarse temprano; su exactitud militar; la importancia en ocasiones excesiva que atribuye á cuestiones de detalle, su afición al aparato y el golpe de vista infalible que permite observar la menor incorrección en un uniforme: una aguja mal prendida ó una condecoración que no se encuentra en su lugar. Pero todo eso se encuentra templado por una exquisita bonhomía, un tacto sin igual y una bondad grande.



S. M. Jorge V, actual Rey de Inglaterra.



S. M. la Reina.

Eduardo VII era un lingüista de primer orden; hablaba inglés, alemán y francés con igual pureza, y se expresaba fácilmente en italiano. No parece que hubiera tenido grande afición por lo que los prospectos de colegio llaman las artes de agrado, y si adora la música, si raras veces falta á una representación de la ópera durante la estación, no toca, en cambio, ningún instrumento. Al revés de lo que le pasaba á su hermano, el difunto duque de Sajonia-Coburgo y Gotha, que era un violinista distinguido y de lo más notable, capaz de formar parte de cualquiera orquesta. Hay un arte, sin embargo, que Eduardo VII poseía en el más alto grado, y era el arte de la palabra. Tenía una elocuencia natural notable, una voz bien timbrada, que alcanzaba lejos, con oportunidad y con acierto. Los discursos de los príncipes son preparados siempre, ó casi siempre; pero no es dable preverlo todo en las ceremonias oficiales, y en ocasiones es necesario modificar una arenga ó aún improvisarla. Nunca el rey Eduardo fué tomado de sorpresa, y las partes no preparadas de su discurso fueron tan perfectas como las que habían sido estudiadas de antemano: el pensamiento se presentaba tan nítido, y la expresión tan clara como elegante.

La educación de Eduardo VII fué completada con algunos viajes al extranjero y á las colonias inglesas. De ellos hablaremos luego.

Algunos meses después de la

vuelta de su primer viaje, experimentó un gran dolor con la muerte de su padre el príncipe Alberto, acaecida en 1861, después de algunos días de enfermedad. Sábese lo que fué para la reina Victoria la muerte de su marido: durante cuarenta años llevó su

duelo, y á partir de aquel instante, y sin descuidar por un momento sus deberes de soberana, que cumplía con la exactitud más rigurosa y la más infatigable abnegación, se mostró muy poco en público. No iba á Londres sino cuando era absolutamente indispensable, y pasaba el tiempo en las residencias de Windsor, de Balmoral, ó de Osborne, que no abandonaba todos los años sino en la primavera, para hacer un viaje de algunas semanas á Alemania, á Italia, y en los últimos años de su vida, casi siempre á Francia.

Pero no se sabe bien lo que la desaparición del príncipe Alberto fué para Eduardo VII, de edad de veinte años, recién cumplidos en aquella época. Sintiendo la inmensidad de la pérdida, porque adoraba y veneraba á su padre, comprendía todo el valor de los consejos y la de experiencia de aquel hombre superior. El joven príncipe de Gales se encontró, de súbito, sin guía, investido de pesada y aterradora responsabilidad. Debía consolar á su madre, cuyo dolor punzante era penoso de ver; debía prepararse para el gran papel que le estaba destinado y mostrar al pueblo, sobre el cual reinaría, en qué manos había caído el cetro.



Príncipe Eduardo, princesa Victoria, príncipes Alberto y Enrique de Gales, hijos del nuevo Rey Jorge V.

Durante algún tiempo la pena del joven príncipe fué tan viva, que se resolvió á apresurar la realización de un proyecto formado por su padre: el de un viaje á Tierra Santa y á Egipto.

Fué de vuelta de ese viaje cuando se realizaron los esponsales del príncipe de Gales con la princesa Alejandra de Dinamarca, que no fueron anunciados sino mucho tiempo después. Según se dice, el príncipe había visto á la joven princesa en Ipsa. Cristián IX, su padre, no era rey en aquella época. Según refieren otros, fué en la Catedral de Wornes, que ambos visitaban en calidad de turistas, donde ambos jóvenes se habían encontrado. El príncipe de Gales recibió de golpe instantáneo, el "coup de foudre", jurando que no se casaría sino con la encantadora hija del príncipe Cristián. Todo eso es muy poético. Pero, ¿será también verdadero? Es lícito dudarlo. Es más que probable que tanto en ese matrimonio como en las circunstancias que lo precedieron y prepararon, hay que ver la mano, el juicio tan seguro, y la previsión incomparable del rey Leopoldo, que acaba de morir últimamente. Sábese que el príncipe de Gales y la princesa de Gales se encontraron en Salken, y fué probablemente el Néstor de los soberanos quien hizo el matrimonio. Allí fué donde a reina Victoria vió por primera vez á la que sería su nuera.



Jacques I, Rey de Inglaterra. Colección del conde de Roseberry.

El 7 de Marzo, la princesa Alejandra desembarcaba en Gravesand donde la esperaba su novio. Luego, á su lado, atravesaba Londres en medio de un entusiasmo indescriptible, y el 10 de Marzo, en el castillo de Windsor, se verificaba su matrimonio con el príncipe de Gales.

Desde su llegada á Inglaterra, la reina Alejandra conquistó los corazones de los ingleses, que, desde ese momento, experimentaron hacia ella un respetuoso afecto del cual es difícil dar idea, de tal modo ese sentimiento es profundo. Sienten por ella una veneración á la cual nada se acerca, y de la cual puede decirse que raya en idolatría.



Carolina de Brandenburg-Auspach
Reina de Gran Bretaña (1727-1737).

La joven princesa, por otra parte, lo reunía todo para agradar: juventud, belleza, encanto, gracia y dulzura: todas las cualidades, todos los dones que puede tener una mujer, las poseía ella en supremo grado. Tal como apareció entonces, tal fué contemplada siempre.

Hablemos algo de la vida íntima del gran monarca, desde que fué príncipe de Gales. Era aficionado á la pompa y al esplendor; daba gran importancia á las cuestiones de etiqueta y, cuando las circunstancias lo exigían, era muy celoso de

lón corto, media de seda y zapato rebajado. Cuando no comía con amigos, iba á la ópera. Le agradaban todos los géneros, desde

el melodrama hasta la opereta, y dejaba sólo raras veces de asistir á las representaciones francesas. Era muy amigo de los actores distinguidos como Coquelin, Sarah Bernhardt y otros. A los actores solía regalarles su propio bastón con puño de oro, ó cartera.

Cuando iba al Teatro de *Covent Garden* se presentaba solemnemente á su palco, en el centro de la familia real, durante el primer acto, mas, en cuanto llegaba el segundo pasaba al palco de un Club, en donde se juntaba con Lord Farquard y con el Marqués de Loveral, Embajador de Portugal. Lord Farquard, Intendente de Palacio, y los gentiles

hombres de servicio que acompañaban al rey, llevaban frac azul con botones de oro.

Eduardo VII era el hombre que se vestía mejor en Europa, y su buen gusto se impuso desde los tiempos en que era príncipe de Gales. Sus súbditos imitaban, en todo, desde las corbatas y sombreros hasta el corte de sus trajes, al elegante soberano. Con todo, no logró imponerles su barba en punta, que pocos usan y que sólo su hijo, el actual soberano Jorge V ha adoptado. Tampoco pudo ese árbitro de elegancias desterrar el sombrero de copa alta.



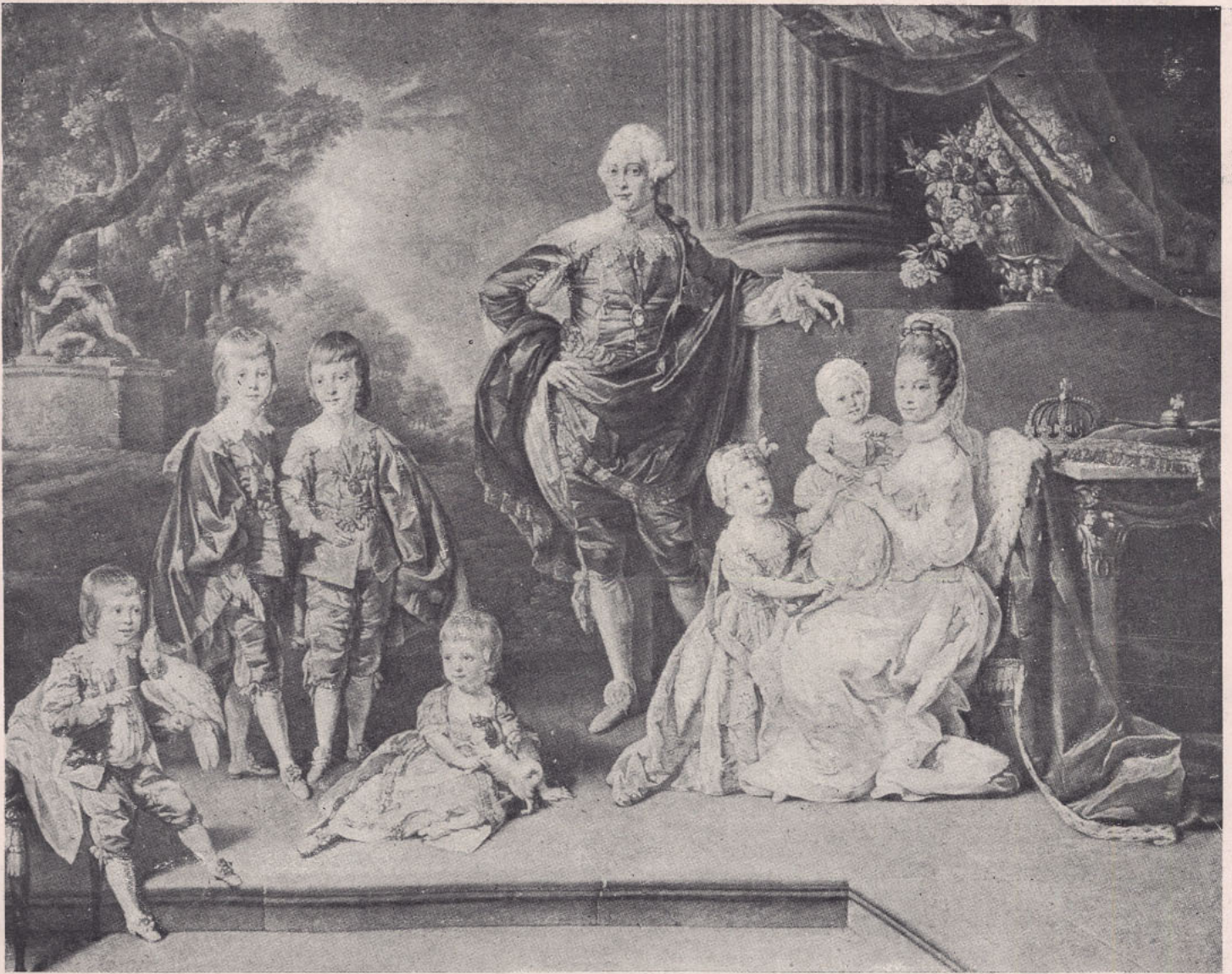
Jorge Luis, Elector de Brunswick-Hanover. Jorge I Rey de Gran Bretaña (1714-1727).

sus prerrogativas reales, lo que dependió de la educación de su infancia. Más, junto al soberano, existía en él un hombre, y ese hombre era esencialmente un "gentleman" inglés, el primero de los "gentlemen" ingleses. Es decir, que tenía aquella sencillez de buen gusto que es una condición eminentemente británica, característica de la alta y verdadera aristocracia. En Londres, así como en Sandhrigam, la vida íntima del príncipe de Gales, como lo fué la del rey Eduardo, era la de un gran señor, sin ostentación y de una corrección sin tiesura.

En Londres le agradaba comer en casa de las personas á quienes honraba con su amistad, si la comida no era demasiado larga, y si los invitados habían sido bien escogidos. Tenía, por otra parte, buen apetito, el apetito del hombre feliz y que goza de buena salud. En otro tiempo, las personas destinadas á encontrarle se contentaban con vestir el traje de soirée. Cuando subió al trono, en las recepciones y comidas más ceremoniosas, los hombres usaban frac y panta-



Jorge II, Rey de Gran Bretaña,
Elector de Hanover (1727-1760)



Jorge III Rey de la Gran Bretaña. (1760-1820).—Su esposa Sofía de Mecklembourg-Strelitz y sus seis primeros hijos: Jorge, Príncipe de Gales; Federico, Duque de York; Augusto, Duque de Clarence; Carlota; Eduardo, Duque de Kente; Augusta

En 1860 el Príncipe de Gales visitaba el Canadá y otras importantes colonias británicas. Desde ese instante se penetró de la política imperialista, merced á la cual se ha desarrollado el Imperio entre las primeras naciones de la tierra.

Más tarde, al establecerse el Instituto Imperial en 1893, el Príncipe debía formular esas ideas en palabras inolvidables: “nos conmueve profundamente el patriotismo de esa colonia, dijo, que han querido compartir la suerte de la madre patria en su día de prueba, y por nuestra parte, debemos todo género de esfuerzos para promover el adelanto de sus intereses materiales”.

El idilio de amor del Príncipe de Gales en 1861 fué una página de romanza.

En ese año conoció á la princesa Alejandra de Dinamarca, con quien se casaba poco tiempo después, en 1862. El matrimonio se efectuó sin asistencia aparente de la Reina Victoria, sumida en el más profundo dolor por la muerte de su esposo.

Terminada la ceremonia, recibieron desde una ventana su bendición.

Y mientras el Príncipe asistía como espectador á las grandes guerras europeas, su mirada sagaz vigilaba atentamente el movimiento de los partidos, esperando su hora.

Mientras ésta llegaba, agradábase sobremanera el cultivo de los sports. En su infancia había cazado los venados; en su edad madura, cazó los tigres en la India, los cocodrilos en el Nilo y los osos blancos en el norte de Europa. Sus corrales eran famosos y ganó muchas veces en sus caballos los premios del Derby. Con sus yates, ganó la copa de la Reina en la regata de 1877, con la “Hildegarde”; en 1880, con la “Formosa”; en 1897, con la “Británica”.

En 1901, subía el Príncipe de Gales al trono, por muerte de la Reina Victoria; y el hombre de mundo, el hombre de sports, el héroe de las grandes fiestas, el espíritu alegre y jovial, el artista, se transformaba de golpe en hombre de Estado. Y era un gran Rey, penetrado de todos los problemas de la vida moderna, celoso de mantener la supremacía moral de su país á costa de los mayores sacrificios y de promover el gran florecimiento comercial inglés que ahora presenciamos.

Murió después de haber respetado siempre las leyes y promovido la grandeza y prosperidad de su país, en medio del amor de su pueblo, y del respeto de los extraños.



Victoria, Reina de Gran Bretaña, 1839-1901



UN "ALTO" DELANTE DE LA POSADA
CUADRO DE JEAN LOUIS ERNEST MEISSONIER

El Amor a la Naturaleza

YA habían terminado las vendimias, y al atardecer de un tibi y pálido día de otoño, en un campo, un hombre con sus bueyes abría el surco en la tierra morena. Esta crujía bajo el filo penetrante del arado y los bueyes marchaban resignadamente reflejando en sus grandes ojos húmedos la tranquila vaguedad del paisaje. El hombre al lado de ellos gritaba: ¡hala, overo! anda, palomo! pero se conocía que su pensamiento iba lejos. Al fin de la suave gradiente de la loma, una fila de añosos álamos, meciéndose dulcemente en la caricia del viento y en los trinos de los jilgueros, doraba sus copas finas en el oro del sol que moría. Al frente, los altos bastiones de la cordillera eran de azul y de fuego, y en la cúspide se empenachaban de nubes al rojo blanco. Un encanto indefinible flotaba entre el cielo y la tierra. Detuve el paso de mi caballo; éste sacudió las crines de su rubia melena, resoplando, y yo me sumergí en el encanto de la Naturaleza.

La Naturaleza es misteriosa en su irresistible poder de seducción. Os ama y os infunde por ignorados procedimientos la vehemencia de amarla. Despliega todos sus atractivos delante de nuestros ojos, se diría que tiene coqueterías femeniles para conquistarnos más, y se os esquivo y os llena de deseos satisfechos que dejan una inefable melancolía en las almas. Parece que de sus fecundas entrañas se escapa un vapor de adormidera, que penetrando en los sentidos, sumergen en el sopor de un ensueño apacible é impreciso en sus proyecciones. Ved su gran poder: con su variedad infinita de colores, de sonidos, de árboles y montañas, de pájaros, nubes y estrellas etc., os habla de la manera más fina y silenciosa, y entendéis esa música y respondéis á ella vibrante de emoción; tenéis también una palabra reservada para cada una de sus palabras desconocidas, y esa

palabra ella misma os la enseña en el momento oportuno. ¿Estáis bien seguros, ahora, de que no tenéis más que una sola lengua? Mas, ¿qué cosas tan sutiles, tan tiernas os dice, qué amores tan dulces os susurra al oído, que sentís que vuestro corazón aletea como si quisiera emprender un vuelo y que vuestra alma se recoge en sí, se hace ovillo, como si tuviese deseos de aniquilarse ó de fundirse? Algo muy extraño debe de ser, porque no me negaréis que he visto en vuestros ojos la humedad de las lágrimas y muchas veces á éstas que quedaban colgando en vuestras pestañas. Pero es cierto también que en ese momento tenéis en los labios una sonrisa de ángeles. ¿Y todo por qué? Estabais solos, mirabais una puesta de sol, unos bueyes y un hombre que abrían los surcos, el cielo azul que se había puesto su púrpura cardenalicia, y nada más. En verdad, una cosa que ocurre todos los días de otoño.

El amor de la Naturaleza más se siente cuando ella se muestra en fuerza y majestad. Se habla de la atracción del abismo y de su vértigo. Pues, esta atracción y este vértigo no son sino manifestaciones de su amor poderoso. Tiene ella precipcios que están llenos del miedo de la muerte para enseñar á querer la vida, los mares turbulentos que surgen con sus olas tan grandes como las montañas más altas; tiene la tempestad, el rayo, el trueno, el cataclismo, toda su corte majestuosa y terrible, porque quiere también ser reverenciada; y ésto se lo dió á saber á los trogloditas: así les infundió el primer sentimiento religioso y la idea primera del Poder Superior. De aquí las obla-ciones y sacrificios. De este modo la Naturaleza inició la actividad mental é hizo que el hombre se elevara por su pensamiento.

Yo no creo que el amor á la Naturaleza sea sólo el producto de este siglo excéptico, sabio y enfermo, que, aspirando al infinito, se abra-



A la "Nazimova"

za á ella, como dijo alguno que oyó á Schiller asegurar que los griegos demostraron muy poco "ese interés del corazón con que nosotros los modernos permanecemos absortos ante las escenas de la Naturaleza". Para no creerlo, no tengo más que mirar á nuestros rudos é incultos montañeses, que, alejados de toda vida civilizada, permanecen extáticos soñando vagamente, con la vista fija en el lucero de la mañana ó en el torrente que se despeña con sus airones de espuma borbotantes y sonoros. Mis paisanos insulares, que contemplan horas enteras el mar dilatado y tranquilo, que por soñar siguiendo el vuelo de las gaviotas olvidan la pesca, que asomados á la ventana de sus casuchas oyen bramar la mar brava pensando en cosas indecibles y lejanas, me dicen, así en su ignorante sencillez, que el amor á la Naturaleza ha existido desde el principio. Para confirmarme más todavía en mi opinión, recuerdo de la personalidad con que todas las mitologías han revestido á las nubes, que son vacas en el Rig Veda; al sol, que es Osiris entre los egipcios; á los mismos griegos, que hacen ninfas de las plantas, que á la naturaleza entera la vivifican, mala ó benéfica, con voliciones y acciones humanas ó superhumanas. Recuerdo la poesía de todos los pueblos primitivos, en que se glorificaba con las palabras que mejor expresan el amor y la ternura, ó el respeto y la veneración, á cuanto alienta y palpita por el cielo, por el aire, por el mar y por la tierra. ¿Cómo, pues, creer que solamente los hombres modernos se han abrazado con la Naturaleza? No; ella, nuestra nodriza, desde el primer día nos alimentó con su amorosa leche, nos arrulló con sus más bellas canciones, ó nos dijo sus palabras severas, y desde entonces admiramos sus riquezas y sus galas. Que la comprensión del sentido de la Naturaleza sea más intenso y más claro en el hombre moderno, ya es otra cosa que yo estoy muy dispuesto á confirmar.

¡Y cuán industriosa es la Naturaleza! No descansa jamás en su tarea paciente y silenciosa. Como un carpintero enseña en su taller á los jóvenes aprendices á manejar las herramientas del



EL TE

CUADRO DE RICARDO MILLER

oficio, así ella ha procedido con el hombre. Pero nunca, seguramente, el discípulo alcanzará la habilidad de su silenciosa maestra. Se sabe hacer una casa como la hace el castor, talvez con más inteligencia; pero, mirad esta hojita que comienza á formarse con tanta timidez, con tan inocente empuje; es apenas una puntita verde y ya indica lo que será después con sus rayas cruzadas, su peciolo, su suavidad y su gracia. ¿La podréis hacer igual alguna vez? Y así como á fuerza de trabajo la Naturaleza se renueva, se transforma y enriquece, ella quiere que os hagáis cada vez más nuevos y ricos, en el sentido filosófico de la palabra.

Hay hombres, por desgracia, que no abren su ojo sino sobre los detritus de la Naturaleza. Nada dice á ellos el cielo de la noche con sus cien mil quintillones de puntos de oro, ni comprenden la sonrisa del arco iris; pero se admiran de esa campesina que contempla regocijada sus durazneros en flor bañados en la caricia matutina de la luz, ó del que está meditativo delante del globo lunar. Esto es porque están enfermos, y en lugar de corazón tienen una bolsa de usurero. No hay que mirarlos con desprecio, sino con una tierna piedad. Pero sí, alejáos de ellos y llevadlos fuera de la ciudad, en el lugar que está destinado á los leprosos.

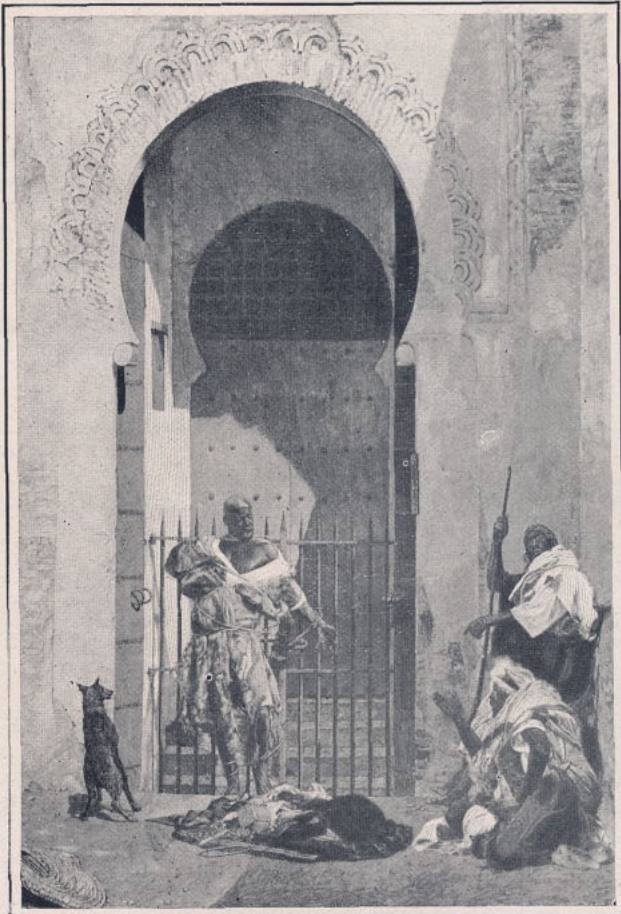
El hijo predilecto de la Naturaleza es el poeta y él la ama entrañablemente. Así, está pendiente de ella á toda hora. La Naturaleza, por su parte, le corresponde mostrándosele en toda su hermosura, en su regia desnudez, como un cuerpo de opulenta y firme mujer cubierto sólo de una gasa transparente. Y Dios, dice Schiller, que ama al poeta amante de la Naturaleza. Refiere este alemán que cuando Aquel creó el mundo, repartió entre los hombres todo lo que en él había. A unos dió los países donde abundan las piedras preciosas, á otros las tierras ubérrimas, á otros las minas de ricos metales, oro y plata, y á otros los vastos mares con todos sus tesoros. Cuando ya no quedaba qué repartir, se vió que llegaba hacia donde estaba el Creador, á la hora de la tarde, un hombre pálido, de mirada soñadora, cuya melena ensortijada flotaba al viento. Era el poeta. Al verlo, díjole Dios:

—¿Y dónde estabas, hijo mío?

—Contemplaba, Señor, una puesta de sol.

—Tarde has llegado á la repartición de los bienes. Todo en el mar y en la tierra ha sido dado. Ven, hijo; compartirás conmigo los cielos.

A. BORQUEZ SOLAR



En la puerta del calabozo, por A. Fabres

UN VELÁZQUEZ DISCUTIDO



Mr. James Creig

Las falsificaciones artísticas son imposibles de evitar, aún para los entendidos en la materia. Años atrás, vino á descubrirse que la Tiara de Tsaitafernes, comprada por el Museo del Louvre, en París, no pasaba de ser una burda falsificación. Hace un año apenas, el propio Emperador Guillermo de Alemania, en compañía del director de su Museo de Berlín, admiró con entusiasmo un busto en cera, obra de Leonardo de Vinci; resultó que había sido falsificado en Inglaterra.

El Museo de Londres había adquirido recientemente un cuadro atribuído al gran Velázquez, la "Venus del Espejo", en la no despreciable suma de £ 45,000. Pero, según afirma Mr. James Creig, se trata de una gran superchería. El cuadro tan caramente comprado, no es de Velázquez. El perito descubrió en uno de los rincones del lienzo las iniciales del pintor italiano Juan Bautista il Mazzo, yerno de Velázquez.

Con este motivo se ha suscitado una ardiente discusión en Inglaterra. Unos aceptan y otros combaten la afirmación de Mr. Creig. Pero no es posible creer que el crítico haya puesto con su propia mano las iniciales descubiertas.

A nuestro entender, basta con un ligero examen del cuadro para comprender que nunca pudo haber sido pintado por Velázquez. La forma y el estilo de la composición lo indican.

La verdad, es que el público ama lo caro, y talvez lo subido del precio contribuyó á dar más importancia á la obra.

Los peritos de Museo han recibido rudos golpes en el último tiempo, en particular los ingleses. El busto de Leonardo Lucas, fué puesto en solfa por los críticos. Mr. James Creig el bien conocido crítico del "Morning Post", ha hecho descubrimientos terribles, entre otros, el de una falsificación de la obra de Pieter de Hoog,



Firma descubierta por Mr. James Creig en la Venus de Velázquez.



Firma de Velázquez en el retrato de Felipe IV, expuesto en la National Gallery.

titulada "Rechazando el vaso". Poco tiempo después, el mismo Creig descubrió en el Museo un Rembrandt falsificado, y demostró que era la obra de Fernando Bol. Este crítico es quien ha echado por tierra el Velázquez.



La famosa tela de Velásquez?: "La Venus con el espejo".

El Columpio Dorado

BAJO la secular encina, agitada á la hora de la tarde por una brisilla fresca, llegaron los dos niños: Susanita, de trece años, y Paco, de once.

Aburridos de jugar con los demás amigos, por los senderos del parque, de correr en velocipedo, de arrojar migajas á los cisnes del pequeño lago, de acarrear arenilla en el pequeño carrerón, regalo de Pascua de Susana, decidieron marcharse solos en busca de la encina, en una de cuyas ramas pendía un largo columpio que era la mejor delicia de la pequeña.

—¿Ves? le dijo ésta á su amigo, luego que llegaron. Aquí estaremos bien. Yo me subo á la tabla y tú me columpias. Pero nó muy fuerte, para que no me vayas á botar. ¡Ah! Rosa, mi tía vieja, no ha venido. ¡Mejor! Pero, ¿has visto tú qué molesta es mi tía?

Paco no contestó, examinando el sitio, la secular encina que los cubría y aquel columpio pendiendo inmóvil é invitando á jugar.

—Rosa va á venir. Verás. ¡Como te cuida tanto! ¿Y te has fijado que no nos deja solos ni un ratito? ¡Así que yo fuera á pegarte! le dijo Paco, mirando á su amiga que en esos momentos se arreglaba cómodamente en la tabla.

—¡Ya está!

Paco iba á dar el primer impulso, cuando se fijó que su amiga, al sentarse, había dejado al descubierto gran parte de su pierna. Se acordó en esos momentos de las continuas recomendaciones de Rosa, y advirtió:

—Mira... Puede venir Rosa, y ya sabes que anda diciéndote siempre que no muestres las piernas. Y la mirada del niño indicó, con discreta reserva, las faldillas de seda de Susana, aquella media demasiado descubierta que lo intrigaba.

Retrocedió un poco, avanzó luego, teniendo cogida á la niña por la cintura, y pasando por debajo de ella, dió el gran impulso al columpio.

Fué un grito agudo el que se oyó, un grito de placer, de loco entusiasmo, que lanzó la niña al verse encumbrada, casi tocando algunas ramas; bajó luego en un vértigo delicioso, para volver á subir, sintiendo la sensación de vacío, agitada su cabellera rubia, los encajes de sus ropas, las faldas del vestido.

—¿Te gusta?

—Oh! ¡Vieras tú qué rico! Parece que fuera á volar. A ver si alcanzo aquella rama... Nada... Vuelve á columpiarme; fuerte, bien fuerte... Así, así... ¡la alcancé!

Y caían á los pies de Paco, hojas tiernas desgajadas, y los pájaros que de la copa del árbol hacían observatorio, volaban á otro, asustados por el extraño estremecimiento.

—¿Viste las hojas que arranqué?

—Sí... y Paco callaba luego, mirando á todas partes, temeroso; escudriñaba entre los follajes, porque á más de las hojas caídas, veía á Susanita con las faldas alzadas á la cara, á veces, cuando el columpio bajaba, y temía ver aparecer de un momento á otro la cara agría de Rosa, y que le echa á él la culpa de aquello.

Pero al ver que continuaba todo en paz, que la brisa murmuraba tranquila, que bajo aquella encina se sentía un bienestar de dulce abandono, y que su amiguita Susana parecía tan contenta revolando en el columpio, guardaba silencio. Sí, estaba con-

tenta Susana, y además, no sabía qué le encontraba aquella tarde, con su cara agitada, sus mejillas más color de rosa, su boca riante, y ante todo, sus ojos con un brillo y una manera de mirarlo como nunca le había visto, ni cuando cortaban rosas para el mes de María y se encontraban sus manos, cuando en aquella noche de Pascua los dejaron solos en el salón, á obscuras, ni aún cuando jugando á las escondidas se metieron en el baño de papá, y Susanita lo miraba con tanto cariño, y le decía: "tú eres mi mejor amigo, ¿me quieres, Paquito?..."

Ahora, cuando el columpio bajaba, y ella le decía "más", "más", aquellos ojos verdes tenían una expresión que le daba

miedo casi, que le daba frío, ese frío de las grandes emociones, ese hielo extraño que corta la voz y hace temblar los labios.

—¡Susanita! Susanita! Ya está. No más. Va á venir Rosa, y me acusará... Ya no más...

—No seas tonto. Otra vez, una vez más...

Volvió Paco á cogerla de la cintura; pero ahora creía que sus manos tocaban fuego; y quedó con ellas un instante en el talle de su amiga. ¡Oh! qué bueno el aroma de sus cabellos, qué grato aquel aliento que muy cerca respiraba anheloso, esa voz que le dijo, volviéndose ella: "Paquito... Paquito..." "Susanita..." y tuvieron muy juntas sus bocas, sin atreverse á juntarlas.

El columpio tomó cimbra nuevamente, y al dulce subir y bajar, las faldas volaban como mariposas, y ella gritaba, y él la observaba, recogido, encantado, silencioso, pareciéndole que en su alma se abría una ventana á un mundo nuevo y que lo más bonito de ese mundo era su amiga, la cara de su amiga, los ojos, los grandes ojos verdes de Susanita...

—¡Rosa, Rosa! advirtió Paco, asustado. La niña bajó. El tía la amonestó con acritud, amenazándola con acusarla á la mamá. Y los llevó á los dos á reunirse con los demás amigos, que, inocentes, continuaban arrojando migajas á los cisnes.

Los dos niños marchaban adelante, muy juntos.

—Mira, insinuó ella con voz tierna, allá, detrás de unos rosales que

tú no has visto, hay otro columpio mejor que este, bajo unos sauces, y nadie nos verá...

Paco miró sus ojos, y sintió ese mismo frío de momentos antes.

—¿Cuándo vamos? preguntó ella.

—Cuando quieras, respondió él, valiente y decidido.

—Ya verás. Rosa no irá allá, no irá... Están primero los rosales, y después...

Calló porque Rosa se acercaba.

Aquella noche Paco, luego que la mamá hubo apagado la luz, se sentó en la cama. No podía dormir, fija su mirada en la sombra, en donde creía ver unos grandes ojos verdes que lo invitaban al columpio de los sauces, allá... tras los rosales... muy solos, á donde había perfume de rosas caídas, y soledad, mucha soledad... Bajo los sauces, á donde Susana lo invitaba...

Y al dormirse, soñó que él columpiaba á Susanita en un columpio dorado que pendía del cielo, y que ella lo miraba con unos ojos que jamás le había visto, y que él sentía un contento desconocido, infinito, y que ya Rosa... no estaba cuidándolos...



El coleccionista, dibujo de Gavarni.



PLAZA DEL ERBE (VERONA)

CUADRO DE VALENZUELA LLANOS

Nuestros Paisajistas

ALBERTO VALENZUELA LLANOS



DE los pintores chilenos, de la segunda generación, Alberto Valenzuela es uno de los pocos que se haya dedicado exclusivamente al paisaje.

Recuerdo que sus primeros envíos al Salón no revelaban condiciones que hicieran concebir grandes esperanzas.

Después de algunas tentativas en los asuntos históricos, se decidió a cambiar de rumbo para consagrarse definitivamente al paisaje. En la vida de los artistas, estas vacilaciones son frecuentes,

y muchos ejemplos podría citar de claros talentos que por espacio de largos años han cultivado un género de pintura fuera de su verdadero temperamento y facultades.

Sin remontarnos á celebridades de otras épocas, podemos recordar á Sorolla, artista de los más aplaudidos, fecundo y afortunado de nuestros días. En sus comienzos, Sorolla se dedicó con entusiasmo á temas militares, para seguir después con los religiosos, los que abandonó por las escenas de aire libre, del más absoluto realismo. Ya sabemos la justa y sólida reputación que ha conquistado en este género.

Es en el paisaje en donde debemos buscar á Valenzuela Llanos, es en esta difícil rama del arte, en donde podremos apreciar paso á paso sus constantes progresos en su sostenida lucha con la

naturaleza. Y no debemos olvidar las dificultades con que forzosamente tropieza el paisajista en nuestro clima. Bajo un cielo primoroso y en medio de una naturaleza rica y hermosa, sin embargo, hay que contar con un enemigo tan implacable como constante. La luz de nuestro sol, tan acerada y brutal, nos presenta los efectos con durezas exageradas, y los objetos se destacan á nuestros ojos recortados desagradablemente, á causa de la poca densidad de la atmósfera.

Cuando pude contemplar los risueños y pintorescos campos de Francia, comprendí las recursos y ventajas de que disfrutaban los pintores de aquella privilegiada tierra.

El ambiente cargado de vapores establece las distancias, envuelve los objetos en una bruma transparente y diáfana, con todos los encantos del misterio.

Además, las bellezas naturales se encuentran realzadas por la mano del hombre. Las pequeñas aldeas francesas, con sus simpáticas casitas de agudos y azulados techos, por encima de los cuales asoma el airoso campanario de la iglesia, me causaban la impresión de bellísi-



Dibujo al carbón

sus telas todo el sentimiento que le despierta la naturaleza.

Uno de los últimos cuadros de este artista, titulado "Liberas del Mapocho", y que ha merecido el honor de ser adquirido para nuestro Museo de Bellas Artes, me ha producido la más favorable impresión. He creído encontrar reunidas en esa obra todas las cualidades dominantes del pintor: seguridad en el dibujo, construcción sólida, exactitud de valores y justa simplicidad, dentro de un total armonioso y delicado.

La personalidad de Valenzuela Llanos es bien definida; sus cuadros no nos hacen recordar á nadie, y no creemos aventurado sostener que ninguna influencia haya intervenido en su franco y espontáneo temperamento.

JOAQUIN FABRES



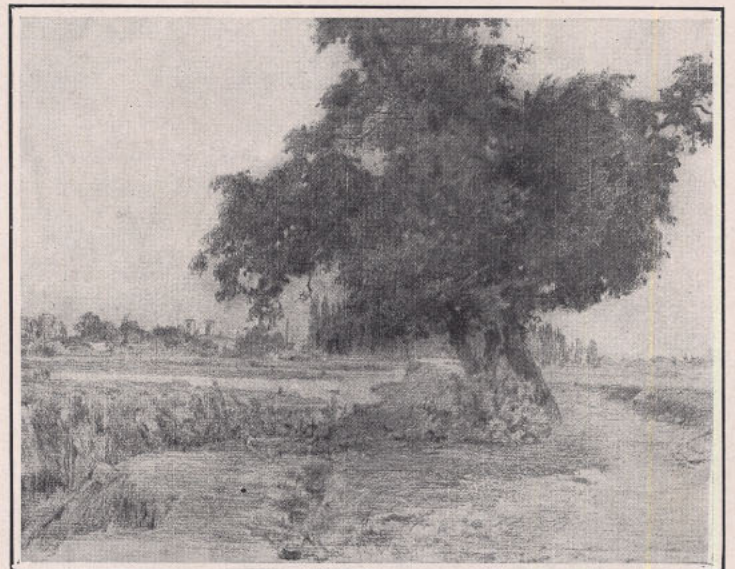
Paisaje

mos asuntos dignos de interesantes cuadros. Cazin, uno de los más grandes paisajistas modernos, casi no pinta otra cosa.

A pesar de todo, Valenzuela Llanos ha conseguido con el dominio de la técnica y con una atenta é inteligente observación, los más ventajosos resultados en el paisaje.

En sus cuadros sentimos las bellezas de nuestros campos, en un ambiente, talvez, un tanto más dulce y amable de lo que la realidad, con toda su rudeza, nos hubiera ofrecido, menos simpático y atrayente. Porque hay que reconocer en este artista un temperamento poético y delicado, unido á un sentimiento de la naturaleza tan justo como sincero.

La pasión del paisajista la manifiesta Valenzuela en sus árboles: corpulentos, frondosos y esbeltos; de masas simples y equilibradas; cuidadosamente dibujados, sin fatiga ni detalles, y siempre puestos en el único sitio en que podrían estar. Hábil en la composición, como armonioso en las líneas, nos transmite generosamente en



Dibujo al carbón

de los dichos groseros y prácticas más groseras todavía de los que el destino le diera por compañeros y superiores, pero lejos de contagiarse al contacto del vicio, llegó á odiarlo en todas sus formas y manifestaciones y, cosa curiosa en estos tiempos, su alma hermosa—como castalia nacarada que abre sus pétalos purísimos entre los miasmas y brumas de un pantano—creció sana y vigorosa en aquel medio ambiente nocivo. Y fué su maestro en esos días de destierro amargo, la gran naturaleza; su guía, émulo y consuelo, el recuerdo de la mujer cuyo llanto habían bebido sus labios puros entonces,—por ella puros todavía,—y en cuyos ojos luminosos había columbrado la meta de su vida. Bajo cielos de acero tachonados de estrellas titilantes, sobre las enhiestas peñas de nevadas cimas, entre los rayos rosados de auroras de belleza incomparable, en la áurea claridad de pálidos ocasos, flotaba la imagen de la mujer amada y en homenaje á ella, Guillermo se aprestó para la conquista de las cosas bellas que la vida guarda. Un día, sintiéndose seguro de sí y con fuerzas de sobra para la contienda, abandonó la estancia de los vascos miserables, y cruzando á pie la frontera argentina entró á Lautaro cansado y sin recursos, entusiasta y feliz.

Algunos años más tarde, un atleta hermoso, le contaba la historia de sus luchas, sus derrotas y victorias á una mujer que le escuchaba en silencio, y que tembló como caña al huracán, cuando le habló de su amor inmenso y le pidió con acento apasionado que fuera su esposa, la madre de sus hijos...

—¿No hay remedio, doctor?...—Si usted pudiera,—había empezado con su habitual brusquedad el afamado especialista,—abandonar todo trabajo, toda inquietud, ir al campo, seguir el tratamiento que le he indicado y dedicarse exclusivamente al cuidado de sí misma, tal vez, en dos ó tres años... — El espasmo de dolor que cruzó la faz pálida de su interlocutora la impidió continuar. A este hombre que el mundo llamaba de piedra, se le hizo un nudo en la garganta y sus ojos perspicaces se nublaron.

Terminó por alzar con la diestra la cabeza inclinada y acariciar con la otra los dorados cabellos sedosos. Largo rato escurrió la amplia frente blanca que circundaban, la boca tierna pero resuelta y los ojos pensadores, como si quisiera sondear el alma que se ocultaba tras sus profundidades tranquilas de mar en calma.

Satisfecho de su examen, la llevó suavemente á un asiento donde los rayos del sol caían de lleno sobre la faz de mártir niño, y ahí midiendo sus palabras con la suavidad posible, le explicó la causa de su mal y efectos que tendría sobre sus hijos, hasta sobre las generaciones venideras, si cometía la debilidad de casarse. Ella, que había aprendido á dominar sus sentimientos, le escuchó en silencio, y de la desesperanza extrema que las palabras del médico vertían en su corazón en que había echado hondas raíces un amor inmenso, de la lucha terrible que comenzaba para una alma apasionada, ni siquiera una sombra vislumbró y la vió alejarse sin inquietud con honda pena y profunda admiración.

Esa noche dos plumas corrían obedientes: la del doctor llenaba un cheque que le aseguraría el bienestar á una mujer, la única que había amado en su vida y que también había abandonado por consideración á las generaciones venideras, que se consumía lentamente en un manicomio lejano. "Mi amigo, escribía la de Alma, trazo estas líneas con profunda pena porque si es verdad que me amas, si has concebido la esperanza de ser mi dueño alguna vez, van á herir tu corazón generoso y abrir la tumba de una amistad larga y sincera. Yo no puedo ser tuya: he resuelto vivir sola porque hay en mi vida una sombra que me aleja de tí.

"Sé que me aguardan después de largos años de trabajo y soledad, una vejez desamparada y una muerte solitaria y temo el porvenir: pero sé también que sería cobardía y crueldad permitirte compartir las penas de mi porvenir obscuro, ligando tu vida á la mía con cadenas que más tarde pesarían sobre los dos. Créeme, Guillermo, porque me importa más que la mía tu felicidad, renuncio á tí; yo no debo sacrificar tu vida fresca y florida á la mía ya marchita y quebrada. Busca una mujer más joven y alegre que yo. Hazla tu esposa y consagra tus días, tus fuerzas y energías á hacerla feliz. Amala y déjala que te ame, y tus días serán alegres como canto de ave en primavera. En torno tuyo crecerán tus hijos que te querrán también y así amando y bien amado, verás desaparecer de tu memoria el recuerdo y de tu corazón la imagen de tu camarada de otros días".

El leyó la carta enigmática y volvió á leerla muchas veces hasta que su alma bebió la verdad amarga de que la mujer que amaba tanto le era perdida para siempre, y como los esfuerzos y ambiciones de su vida habían nacido al recuerdo de ella y al través de los años las fibras de su ser se habían enmarañado en la esperanza de poseerla algún día, el despertar dejó sin aliento su vida y sin vida su corazón. ¿Por qué lo abandonaba?... Entre ellos no había diferencia de raza, de fortuna, ni religión: él era el más fuerte, el más bello de los dos. Desde luego,

razonaba en sus noches de insomnio angustioso, no había otra barrera que el pasado. ¿Qué sabía él del pasado de aquella mujer magnética de alma de bohemia? Diez años, hundidos en las tumbas del tiempo, poblados de fantasmas acusadores, surgieron ante su alma apasionada, por lo puro y bueno lanzando sobre ella sombras de duda, de desconfianza y de temor. Resolvió abandonarla también.

Una tarde de Otoño, cuando las hojas desprendidas de los yermos troncos de los árboles del forestal vagaban quejumbrosas por las avenidas desiertas y bandadas de pardas golondrinas ensayaban el vuelo en torno del Santa Lucía encapotado, la encontró doblada sobre el puentecillo bajo cuyos maderos carecomidos flotan las aguas silenciosas de un lago estagnado. Su actitud de cansancio y abandono, la palidez intensa de su semblante demacrado, y la mirada hambrienta de sus ojos luminosos, hirieron su corazón: tuvo el impulso de tenderle los brazos, de decirle que llorara en ellos sus penas, su pecado acaso, de acariciar y consolarla. Se acercó presuroso temblando de ansiedad; se inclinó sobre ella y como lo había hecho años antes, miró fijamente los ojos de la amada. Iba á besarlos ya cuando en sus profundidades misteriosas se irguió aquel pasado que su mente concebía. A los suyos asomó entonces una expresión de horror y de desprecio.

La rechazó con aspereza, la habló con frialdad de su trabajo y sus estudios, la preguntó si era feliz y luego se alejó de su lado. Ella, la pura, creyó que huía del contagio de su mal, ahogó el grito de su corazón y le dejó partir...

Dos ó tres meses más tarde, salía de la Catedral una pareja hermosa cuya unión acababa de bendecir el viejo arzobispo de Santiago.

Una mujer, que avanzaba lentamente entre el torrente humano, que cruzaba la ancha puerta del templo, los vió salir. Extranguló un sollozo: Guillermo, murmuró con ternura y siguió su camino solitario, desapercibida, desolada.





LA EXCOMUNION DE ROBERTO EL PIADOSO



JEAN PAUL LAURENS

CUADRO DE JEAN PAUL LAURENS

CAMILO LEFÈVRE

Ardoroso, con ímpetus de combate, imperioso y un tanto doctrinario, convencido y firme, la fisonomía fina y el temperamento popular, tal se nos presentaba Camilo Lefèvre en la verídica y poderosa efigie trazada por su amigo Carrière.



Retrato de Camilo Lefèvre, por Carrière

general de bondad afectuosa que los amigos y discípulos de Lefèvre bien conocen por hallarse concentrados en lo íntimo del hombre.

Vice-presidente del Salón de Otoño, profesor en la Escuela Nacional de Artes Decorativas, Lefèvre ha visto sus esfuerzos recompensados, por otra parte. Los años de trabajo ingrato y obscuro han pasado ya, han venido los encargos en los cuales la experiencia y el dominio del arte encuentran su campo. Pero el hombre maduro, el maestro cuyo arte, durante períodos de labor inquieta, ha sabido guardar la misma seguridad, la misma conciencia, conserva idéntico entusiasmo al de su juventud, la misma fogosa simpatía para con los esfuerzos generosos, para con las ideas audaces. Su oficio es sabio y tranquilo, su enseñanza precisa y segura, pero su ambición siempre la de marcar hacia adelante y su comprensión simpática ha permanecido abierta.

La educación de Lefèvre fué clásica. Cavellier, Dumont, Millet, fueron sus maestros. Pero había hecho ya un aprendizaje de escultura en madera y nunca dejó de ser obrero. En la Escuela tuvo éxito. A la edad de veintiséis años, en 1879, se le concedía, en concurso, el premio de la estatua el "Guardia Movilizado", destinada al monumento

reconocía, en ocasiones, que le había idealizado más de lo que la realidad consentía. Y, en efecto, la fisonomía de Lefèvre revela que el hombre ha luchado y que la existencia no ha sido siempre bondadosa para con él. Carrière ha puesto acaso algo más de amargura y de excepticismo de lo conveniente. Los caracteres que tan vigorosamente ha subrayado se templan á menudo con sonrisa de cordialidad y con matiz

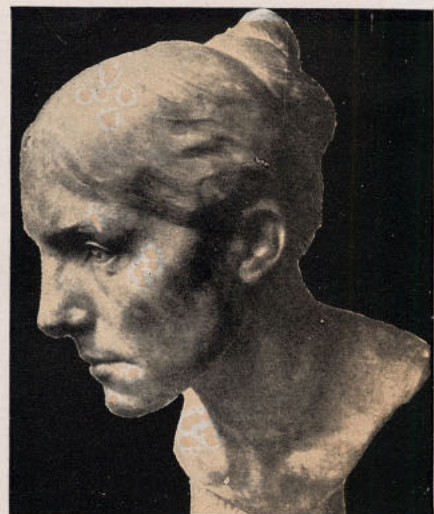
consagrado en el Cementerio del Padre Lachaise á los defensores de París y dos años más tarde, esculpía, en condiciones idénticas, el frontis del "Crédit Lyonnais", en los bulevares. Nada hay que decir de estas dos obras, como esculturas de circunstancias ó esculturas de alegoría oficial. Presentó igualmente varios bustos á las Exposiciones de 1880, 82, 83 y 85. Por aquellos tiempos en que se elaboraban los grandes proyectos de monumentos á la República naciente, y cuando Dalon, de vuelta del destierro, imponía el suyo, Camilo Lefèvre hizo también un boceto de la República.

Pero fué en 1884, y sin duda bajo la influencia de Dalon, cuando comenzó su grupo famoso de el "Vado". Este bronce fué expuesto en 1886

y adquirido por la ciudad de París. Hoy día se encuentra colocado en las Buttes-Chaumont. Allí aparece una robusta aldeana, vestida de corto, y medio arremangada, que marcha á grandes zancadas, llevando su chico á la espalda. Un perfume de franca rusticidad campestre se desprende de esta figura, en la misma forma que lo hallamos en Dalon, durante su destierro, años antes.—mas, ahora, se muestra con acento más grave y más acompasado. Vemos en esto la simple introducción en la plástica de un naturalismo vivo, de igual modo que lo hiciera Courbet en la pintura ó Emilio Zola en la novela. Mas, se notan aún los restos de la antigua educación escolar de la cual tardará largo tiempo el escultor en desahacerse.

Por la misma época enviaba á los salones un pequeño grupo, "El Espantajo", de una mujer joven con un chiquillo asustado, estatua de bronce, en 1884, que tuvo cierto éxito. Había sido esculpida dentro de la fórmula de Schoenemerck y de Clesinger.

En 1887 hizo nueva tentativa de realismo con un bajo relieve titulado "El Almuerzo", que recuerda, en su composición, algunos lienzos contemporáneos de Monet, de Roll, ó de Carolus Durán: es una madre, de me-



Cabeza de estudio



Felicidad



En la calle

dio cuerpo, dando de comer la sopa á un chico que se resiste. El resultado no era de primer orden; la escultura pesada; la anécdota insignificante. Pero el ensayo es digno de nota.

Durante el año siguiente, el artista quiso abandonar los asuntos triviales, que tanto le habían reprochado, é intentó un grande esfuerzo en la "Visionaria".

"Tiempos futuros! Visión sublime
los pueblos están fuera del abismo.

Porque el pasado llama el odio
y el porvenir se denomina amor".

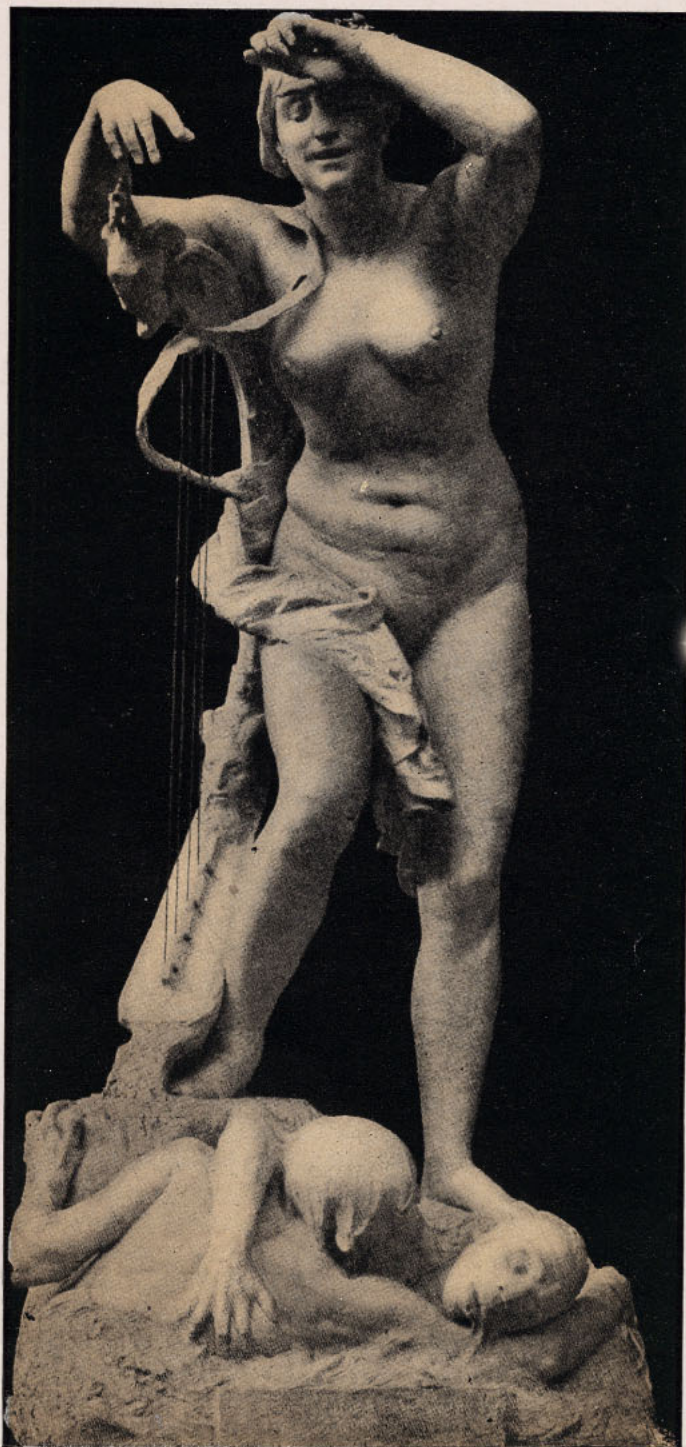
VICTOR HUGO

Tal era el épigrafe de la obra nueva. Confesemos que esa literatura no ilumina, en su humanitarismo generoso y vago, el sentido de la gran figura desnuda y agitada. Esta muestra el defecto, á nuestro sentir grave, de no ser sino mero ejercicio de salón ó de escuela. Pero es una escuela de estilo nuevo. Nada hay en la actitud, ni en las formas que nos recuerde lo ya visto, la fórmula aprendida.

La naturaleza, poderosamente interpretada, aparece tanto en

la figura como en el cuerpo. Así se explica el interés que los maestros más adelantados de la escuela en aquel tiempo, como Dalón y Rodín, manifestaran por esa altiva escultura.

En el primer Salón separatista del Campo de Marte, en 1890, Lefèvre presentó su figura titulada "En la calle". Es el año en que se hacen manifestaciones en torno de Rodín y de Meunier: Dalón con su "Victor Noir", y Charpentier con su "Madre". El paso dado por Lefèvre es decisivo. Apenas si se nota en esta obra un matiz sensible del modelo "en pose": es la verdad misma del espectáculo cotidiano lo que vemos evocado por esta mujer del pueblo, en esa madre de familia sencillamente arropada en su chal, con el traje pesado de lana y el canasto de legumbres al brazo. Si Camillo Lefèvre hubiera marchado resueltamente por ese mismo camino, por el cual muchos otros han andado, desde hace veinte años, hubiera podido crearse un puesto bien claro en la escultura europea al lado de Constantino Meunier. Volverá á ocuparlo nuevamente con su "Picapedrero" que es, desde ese punto de vista nuestro, una obra maestra de arte.



La visionaria

Una Tarde Mística

—Esta es la corecova de las fiestas patrias,—me decía un caballero al mirar en la Plaza de Armas los adornos de la Catedral y de las calles cercanas á la iglesia el día de la llegada del Arzobispo Casanova, de vuelta de su último viaje á Europa.

Cenefas, arcos triunfales, colgaduras inverosímiles por sus enormes proporciones, guirnaldas de mirto y arrayán que esparcían peculiarísimo olor á gloria en todo el centro de Santiago; los colores de la bandera chilena, los trajes de primavera de las hijas de Santa Filomena,—las niñas más bonitas de la capital,—que iban á recibir á S. S. Ilustrísima cantando un *Coro de las Vírgenes*, como dijo muy oportunamente un admirador de “El dúo de la Africana”: todo eso daba á la “city” un aspecto de viveza y alegría, de sencillez... acaso de inofensivo misticismo mundano.

A pesar de ser radical, y de los más finos, no detesto los clérigos mundanos, elegantes, un poco artistas, de esos que llevan media de seda y zapatones con hebillas de plata cincelada; que van bien rapados siempre; vestidos con sotanas de corte irreprochable; que compran cuadros antiguos y apuestan á las patitas de los caballos por medio de un amigo.

Un cura aldeano es otra cosa; está más cerca de la repulsión. Los curas párrocos, á fuerza de vivir entre campesinos, se hacen los naturales enemigos del agua.

Don Mariano era el tipo del clérigo mundano, habiloso, elegante, discreto, liberalote sin hipocresías.

Era un temperamento nervioso. Bastaba ver sus movimientos para caer en cuenta de que era un espíritu fino, aflorentinado. No era un clérigo batallador, era *vividor*.

¡Qué diferencia entre Casanova y Valdivieso! ¡Qué enorme desproporción entre aquella figura y la del batallador Salas! Valdivieso y Salas eran dos paladines que vivían con la espada al cinto, mirando de reojo al poder civil.

Casanova era el domador astuto de ese mismo poder. Se acercaba á pasarle la mano por el lomo, de vez en cuando, y conseguía con arte tal vez más de lo que alcanzaban á fuerza de recios mandobles sus ilustres antecesores.

Piano, piano, se va lontano, debería decir S. Ilustrísima.

Piano, se metía en el bolsillo perfumado de su hábito color mal-

va, á sus amigos clericales y decidía, *sotto voce*, más de una combinación ministerial.

Piano, excomulgaba á “La Ley” en compañía de Julio Fredes, masón conspicuo.

Piano, pedía el Cardenalato.

Pero... S. S. Ilustrísima, volvía de perder esta partida, después de haber depositado en el óbolo de San Pedro una gruesa suma. Se hablaba de 200,000 liras. Pocos tendrán ánimo para mantenerse en pie de un *carril* tan grueso. Y en verdad que don Mariano le había tirado á Su Santidad casi un *carril* por la banca. ¡Tantas liras escapadas al tonel sin fondo que se llama el Tesoro de San Pedro, debían haberse llevado las mejores energías de aquel hombre que había salido de Chile no muy sano!

Aquí pierde un “sportman” 20 ó 30 mil pesos y se desmaya en el paddock; allí pierde un Arzobispo 200,000 liras y se viene tan campante á oír un “Coro de Vírgenes” compuesto por Kéfas y á dejarse saludar por el Ministro Pinochet y á escuchar frases de almirar de mi respetado amigo don Macario, tan *pío* como siempre.

—Viene bien de salud,—oigo decir á mi lado á un caballero de beatífica fisonomía.

Como observador, voy examinándolo todo; las caras plácidas, los rostros irónicos de los amigos radicales, los ojos novedosos de los rapaces que vienen á ver por primera vez á su Arzobispo; las cabezas inquietas de las beatas que se páran en puntillas para presenciar de las primeras el hábito morado de Monseñor.

—¡Allá viene! ¡Allá viene!...

Un vocerío infantil, como una onda de sonora alegría. Son las escuelas católicas que gritan á los lejos: ¡viva el señor Arzobispo! Se escuchan músicos: las bandas de los salesianos que tocan tal vez la marcha de “Aída” y el coro de la bendición de los puñales.

Como una ilustre avanzada ó descubierta del ejército arzobispal que marcha en los coches de Gobierno, viene don Macario Ossa rodeado de dos amigos.

—¡Ya lleg!—dice con semblante plácido, casi eucarístico.

Y luego, dirigiéndose á mí:

—¡Qué haces aquí, cabezón hereje?

Yo le respondo, saludándole cariñosa y respetuosamente:

—A convertirme, don Macario.

Mientras avanza el señor Casanova, á mi lado traban animada discusión un creyente ardoroso y un volteriano.

—¡Qué harían los pueblos sin religión?—pregunta el católico. Y como el volteriano se sonriera sin contestar, con una risilla un tanto aguda, impertinente apenas, porque asoma la punta envenenada por los labios, lo urge con esta otra pregunta:—¡Qué haría usted sin religión, bah?

Entonces el incrédulo le dió una respuesta tan clásicamente chilena, que cortó la controversia seria en medio de una risa general. El beato contrincante se retiró todo mal humorado, como diciendo:

—Con estos herejes no se puede hablar.

Ya los casos de los lanceros, que venían como ba-



tidores del coche *presidencial*, sacaban chispas de los adoquines en la calle de Compañía.

—¡Viva el señor Arzobispo!

No se oía otra cosa. El Arzobispo saludaba, con semblante de ungiendo desde su coche. Todos saludábamos. Las señoritas del coro, desde los balcones, con sus vocecitas atipladas, gritaban como una caricia:

—¡Viva el señor Casanova!

Y cuando se hubo hecho el silencio en la plaza y alguien esperaba un discurso de bienvenida, se notó que una voz maravillosa, atronadora, indescriptible y tonante gritaba:

—¡Viva Monseñor Casanova!

Era el honorable Pinochet, Ministro de Industria, que así se *industriaba* en dar á conocer al mundo devoto sus excepcionales y ya famosas dotes de garganta.

Monseñor pasaba á un *Te Deum*, después de leer los letreros que adornaban la Catedral y que decían: "Al ilustre prelado (*egregio signore*), al eminente organizador del Congreso Latino, á Su Ilustrísima (éste era más modesto), *perinclytum civem patrie*, etc., etc.

Su Ilustrísima se reía con los letreros. Al salir de la Catedral, precedido por el Ministro, el presbítero Román, el entonces clásico secretario, le decía: "Aquí está su pueblo, señor". Don Mariano saludaba sacándose el sombrero de borlas. Al entrar en el palacio, ¡qué espectáculo! Quinientas niñas abrían paso al Arzobispo y comitiva, en la escala, en los salones, en los pasillos.

Niñas, ojos bonitos, bocas sonrientes y encantadoras, puertas de ensueño entornadas... ¡vamos! el palacio arzobispal convertido en un verdadero sueño de hadas.

Y, cerrando los ojos, asustado de ver reunida tanta mujer bonita, se me imaginó que una bandada de loros, inmensa, había poblado de repente el palacio episcopal.

¡Cómo hablaban y cómo besaban la *esposa* del Arzobispo!

Y todo aquello en medio de una canción de Kefas que principia: "Saludemos al ilustre prelado".

—Bueno,—me dije.

Y abriéndome calle, ó dejándome llevar por aquel empuje de seda, por aquel adorable grupo, paseado, por decirlo así, en una barca de plumas y de flores que llevaban los sombreros de primavera de las hijas de Santa Filomena (¡si lo supiera la santa!) llegué hasta donde don Mariano, le tomé su dedo anillado y le apliqué sobre el mismo camafeo que había recibido tanto adorable beso femenino, uno de los míos con mucho sabor mundano y poquísimo de místico.

Encontré en el anillo episcopal algo del *eterno femenino*, y me quedé saboreando aquel beso media noche, sin poder conciliar el sueño, creyéndome en una especie de delirio, "bendito entre todas las mujeres", en medio del "Coro de Vírgenes" y entonando con ellas la canción de Kefas... al mismo tiempo que don Macario me decía:

—¡Qué haces aquí, cabezón intruso?...

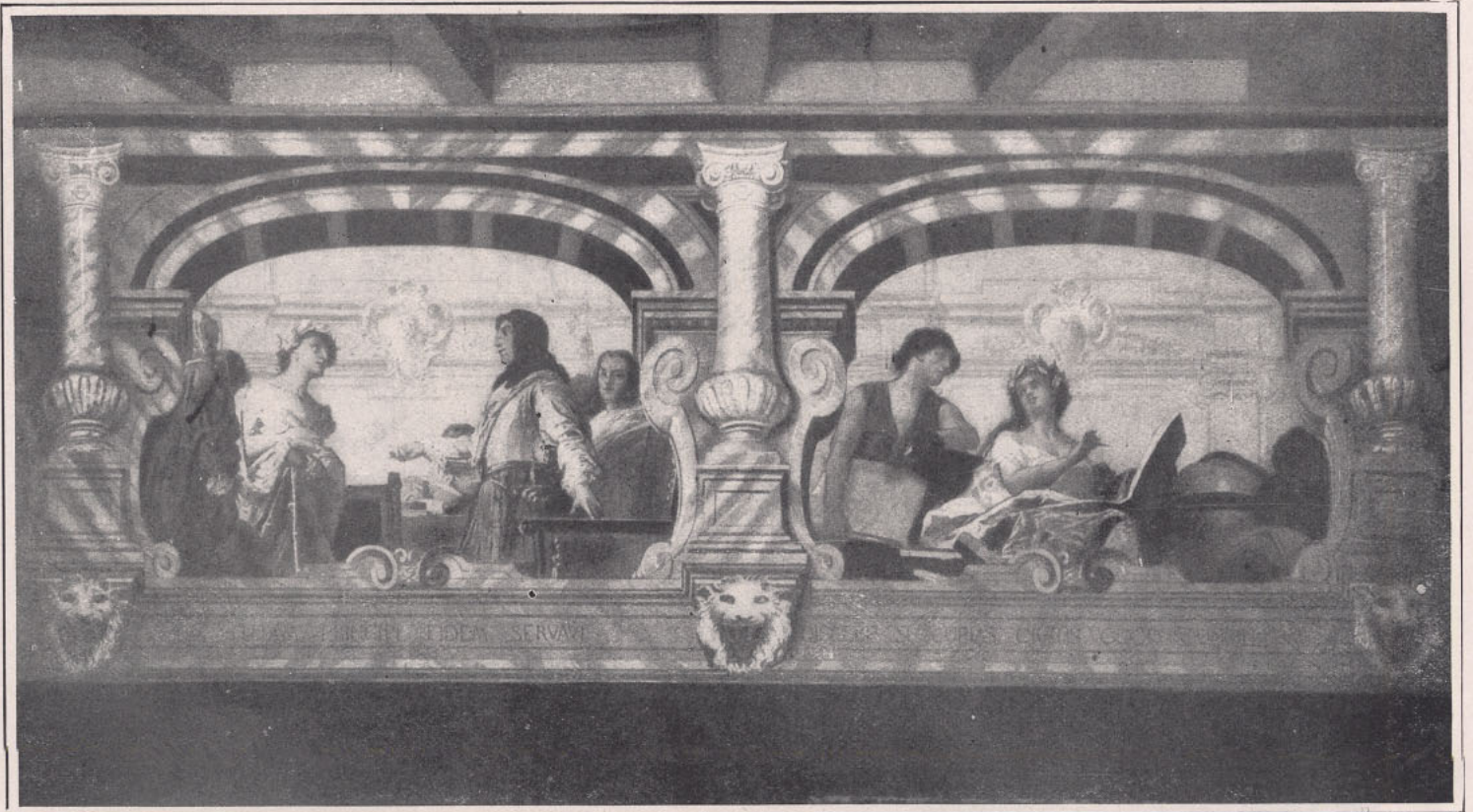
ANGEL C. ESPEJO



LA VENUS DE CANOVA

GALERIA PITTÍ (FLORENCIA)

FRESCOS PINTADOS POR PABLO GAIDANO



“Fuí absolutamente fiel á mi príncipe”

El autor de estos ocho frescos, Pablo Gaidano, es uno de los más notables pintores turineses; de él son un bellissimo cuadro, “La Sagrada Familia”, que llamó poderosamente la atención en la Exposición de Arte Sagrado que hace algunos años se celebró en Roma; los frescos de la Catedral de Carignan y el techo del teatro de Messina.

Recientemente le fué encargado el decorado del salón principal del antiguo Instituto de San Pablo de Turín, y del modo brillante como ha llenado su cometido, podemos formarnos cabal idea viendo

“Si deseas aprender, sin trabajo encontrarás lo que buscas”.

los grabados que en estas páginas publicamos. Los ocho frescos pintados por Gaidano hacen una especie de friso, dividido en ocho lunetas, y las diferentes composiciones que lo forman simbolizan los distintos fines, todos ellos benéficos, que el Instituto realiza, tales como concesión de créditos y fianzas, constitución de dotes y donación de trajes á las doncellas pobres, fomento de las obras de educación é instrucción, distribución de limosnas á los necesitados, socorro á los pobres vergonzantes, etc.

Estos distintos asuntos han sido desarrollados por el artista con



“Vuestra abundancia supla la escasez de los indigentes”

“Venid con traje de fiesta y recibid vuestra dote”

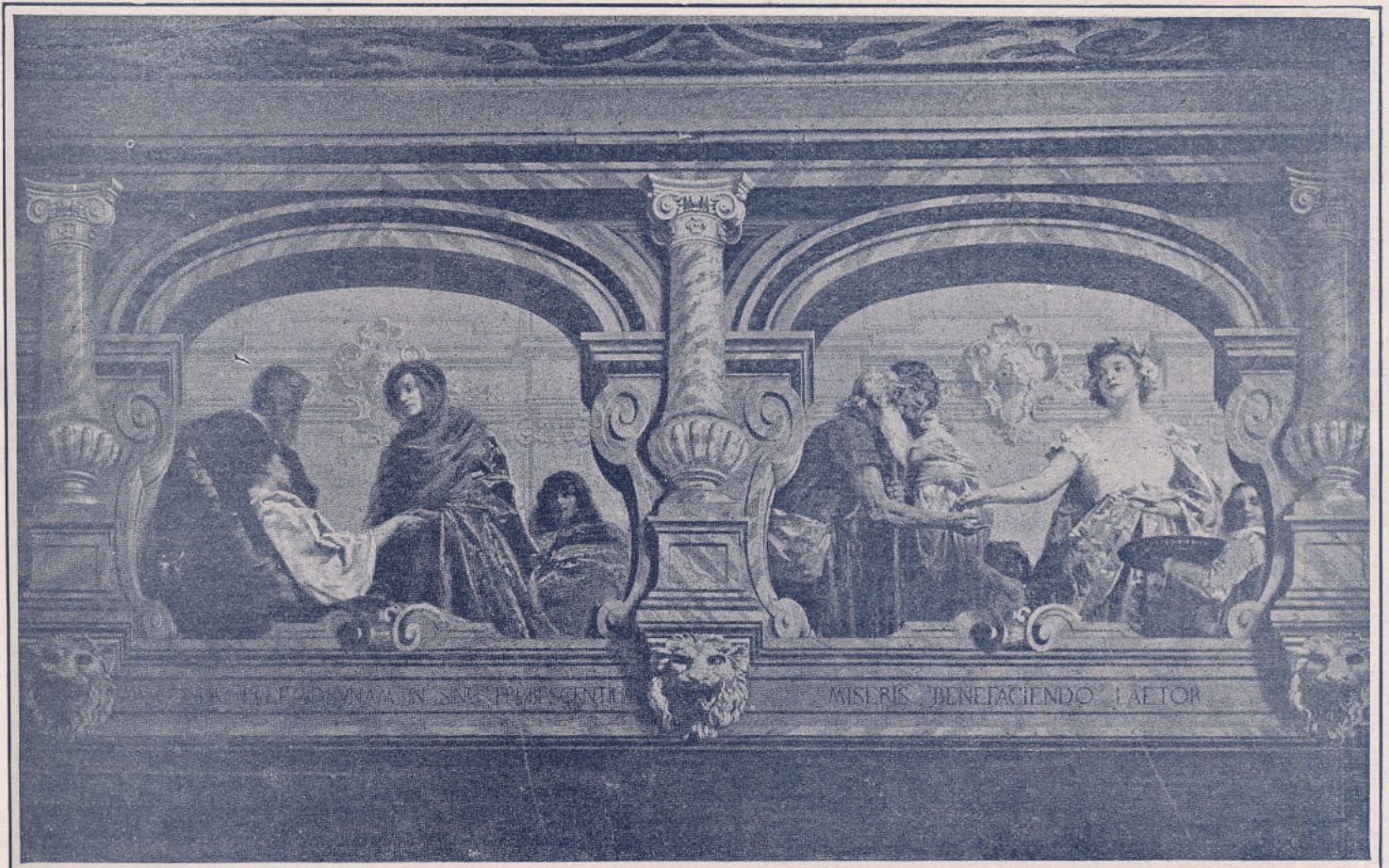


“Protegemos el crédito, la riqueza, el comercio y la agricultura”.

“Abre la mano á los pobres y préstales lo que necesiten”

verdadera maestría; cada uno constituye un cuadro bellísimo, expresión de un pensamiento elevado y hondamente sentido, y de la unión de todos ellos resulta un conjunto admirablemente armónico. En cuanto á la parte técnica, bien podemos calificar la obra de Gaidano de perfecta; las figuras están trazadas con gran corrección y agrupadas con habilidad suma, y las partes decorativas hállanse bellamente combinadas con ellas y con los elementos arquitectónicos, resultando un todo que recuerda las creaciones de los grandes maestros de la gloriosa escuela veneciana.

Los títulos que llevan al pie las ocho composiciones indican los asuntos que respectivamente representan y que, como antes decimos, responden á las funciones del Instituto creado para aliviar necesidades, proporcionar auxilios á los menesterosos y también para difundir entre las clases humildes los beneficios de la enseñanza.



“Oculta la limosna en el pecho de los vergonzosos”

“Me complazco haciendo el bien á los indigentes”

JUEVES SANTO



Ángeles de incomparable belleza le rodean



OR la superficie del hondo valle flota una leve gasa blanca y luminosa que se extiende hasta los oscuros montes que la circundan, prestando al paisaje extraña é inmaterial belleza que produce en mi alma sensación de ensueño. Inmóvil duerme la naturaleza envuelta en este misterioso velo suavemente alumbrada por los rayos de

la luna. Han callado todas las voces nocturnas, ni el más ligero soplo de vida turba el profundo recogimiento. Instintivamente retengo mi aliento, temerosa que de mi pecho se escape algún suspiro y rompa el secreto encanto del silencio.

¡Es la noche de Jueves Santo! Inmensa emoción apodérase de mí. Mil piadosos recuerdos vienen á mi memoria, recuerdos que están diseminados por la vida y que indistintos empiezan á surgir allá lejos en mi infancia, después crecen y se dilatan, llenando lo más íntimo de la vida del alma. El poder de ellos transporta mi espíritu á través de los siglos á esa noche de suprema angustia, pero también de suprema ventura. La veo cual ésta, blanca y serena, con la misma hermosura temblorosa y virgen, con el mismo silencio cargado de misterio y de tristeza. Páreceme que jamás está Jesús más cerca de nosotros que en la noche de Jueves Santo, en esas pesadas horas de las angustias de su alma, á las cuales afluyen como un ardiente torrente todos los padecimientos de la vida, tocas sus más íntimas congojas. Jesús atravesó esta noche las facces más crueles del sufrimiento, glorificando así con sus dolores el dolor humano, borrándole el

amargo sello de castigo, convirtiéndole en la bendita herencia que nos conducirá á la dicha eterna.

Con cuanta intensidad evoco aquel lejano pasado, eternamente vivo. Cesan de interponerse entre el Cristo y yo la barrera del tiempo, las tinieblas de la duda, la fría incredulidad de nuestra época, y lentamente empiezan á desfilar ante mis ojos los cuadros de su divina vida. Y es tan fuerte la impresión de realidad que ellos me producen, que por momentos creo divisar la alba túnica de Jesús entre aquellos olivos de caído y lloroso ramaje, cuyo plateado brillo se trasluce á través del delicado tul de la bruma.

Veó el gran cenáculo á donde por vez postrera el Divino Maestro se reunió con sus discípulos en ese tierno instante—que tantos inspirados pinceles han reproducido—; sobre su pecho descansa Juan, el bien amado, el dulce apóstol del amor, y entre sus manos tiene el Pan de Vida que él parte con ellos. Infinitamente triste está el Señor. Sus miradas de inefable ternura descansan en muda bendición sobre sus Elegidos, los humildes y pobres pescadores, cuyas vices transpasarán los siglos, revelando á todos los pueblos de todas las edades la sublime fe en el Dios, “que de una sola sangre hizo el linaje humano, para que habitase en toda la faz de la tierra”, llevando á los corazones las benditas palabras “Amor y Perdón”, dulce bálsamo de las llagas de la humanidad.

El corazón de Jesús se oprime dolorosamente y honda turbación apodérase de su espíritu. Entre sus discípulo-, esos amigos muy amados, hay uno que sucumbe á horrible tentación y

que ultraja su amor con el más vil y el más despreciable de todos los pecados... Con cuánta tristeza exclama: "En verdad, en verdad os digo, que uno de vosotros me entregará"; y los discípulos se miraban los unos á los otros dudando de quien decía. ¿Comprenderán ellos el abismo de horror que ocultan aquellas palabras?

La infinita compasión por las almas, la margura del amor violado, las angustias de su pasión, la helada sombra de la muerte, dilaceran su corazón vibrante de amor y piedad; pero cuán solo en estos momentos de todos abandonado, lejos de todo consuelo terrestre, solo con su dolor. Ni aquellos que le siguen y que forman parte de su vida penetran su íntimo padecer. Sólo una mujer, con la divina intuición del amor que nunca engaña, busca al amado de su alma, presintiendo que está cerca la hora del sacrificio. Y la orgullosa pecadora, que después de errar por los corazones humanos buscando la felicidad, conoce al fin el misterio del amor divino, de ese amor que lava las manchas, que purifica y embellece y trae consigo la Paz—que es la suprema Dicha—se arroja humildemente á sus pies, los baña en sus lágrimas y derrama sobre ellos precioso unguento; y fué su amor la única gota de bálsamo terrestre que endulzó los posteros días del salvador.

¡Bendita mujer!

La hora suprema se aproxima: con pasos lentos, sumido en dolorosa meditación, penetra Jesús en el Huerto.

De la naturaleza ha huído el profundo y blanco silencio. La faz de la luna se oculta tras densas nubes, tétricas tinieblas extienden sus alas, cubriendo la tierra de siniestra obscuridad; los contornos precisos de todas las cosas desaparecen en las sombras que avanzan. Los tristes y tortuosos olivos se transforman en seres fantásticos, cuyas deformes ramas parecen monstruosos y descarnados brazos que convulsionados agitan el aire implorando misericordia. Extraños rumores atraviesan el espacio, la fría brisa nocturna remece los árboles arrancándoles tristes lamentos, y de las entrañas de la tierra suben lastimeros gemidos.

Jesús apresura sus pasos, á sus oídos llega el desesperado llamado del género humano, siglos de siglos acumulados invocan su nombre; su alma está henchida de amor, pero su naturaleza humana retrocede ante el sacrificio, se siente desfallecer y busca en la íntima comunión de su Padre la fuerza para luchar. Volviéndose á sus discípulos que le siguen, les dice: "Sentáos aquí mientras yo hago oración", y se aparta de ellos como un tiro de piedra y puesto de rodillas oraba...

Todos comprendemos, aunque sea débilmente, las emociones del Señor. A todo sér le llega en su existencia una hora semejante, hora de debilidad y de inmenso desfallecimiento. La muerte no la comprendemos: ella nos inspira pesar y el recogimiento de su gran misterio ante ella todo en nosotros calla; ella es lo desconocido, el eterno silencio.

Así, la muerte de Jesús llama nuestro amor y gratitud, pero las angustias del Huerto de Getsemaní, despiertan un eco en las más ocultas fibras del alma, arrancándole ardientes lágrimas de compasión y dolor. El alma sólo puede sentir con intensidad aquello que comprende.

Jesús ora y sufre. Su naturaleza, frágil como la nuestra, tiembla y se estremece bajo el peso de la cruz que ya siente... Y en el extremo de su angustia vierten sangre sus poros, gruesa gotas empapan su frente, corren por sus mejillas y caen á la tierra, donde se convierten en perlas que ella recelosa guarda

en sus entrañas. Y en medio de su acerbo dolor, brota esta plegaria de sus labios:

"Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz..." Y levantándose de orar fué en busca de los suyos; su corazón anhelaba el consuelo del amor. Pero ellos duermen... ¡Cuán pequeño páreceme el afecto de ellos! Sucumben á una necesidad de la carne en esa hora cuya sola evocación hace vibrar lo más santo que hay en el hombre, y sus espíritus en medio del sueño vuelan lejos, talvez al lado de aquellos seres queridos que abandonaron por seguir al pobre carpintero de Nazaret.

Jesús no duda del cariño de sus discípulos. Dulcemente reprocha á Pedro su debilidad, diciéndole:

"Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar una hora?" Les perdona: lleno de infinita bondad contempla su plácido dormir, y silencioso se aleja y sigue orando.

La obscuridad es aun más densa, el viento se ha convertido en horrendo huracán que sacude la tierra, sus lúgubre bramidos se confunden con gigantes suspiros y sollozos.

Jesús se estremece y sigue orando, orando y luchando... Pero el amor, manantial divino de toda fuerza, vence. ¡Glorioso, triunfa sobre el dolor, sobre las angustias, sobre el martirio y sobre la muerte, para siempre! Radiante levántase el Redentor, extiende sus brazos y estrecha contra su corazón á todas las almas. Angeles de incomparable belleza le rodean, el espeso velo de tinieblas se rasga, destrozado por desconocido y deslumbrante resplandor que baña las dormidas formas de la tierra.

En el aire flotan dulces y misteriosas armonías que se extienden por los espacios, repercutiendo hasta los últimos confines del mundo, uniéndose en una sola, inmensa melodía celestial: es el himno de amor y júbilo que los ángeles entonan al pie del trono del Altísimo.

Y cuando por tercera vez Jesús se acerca á sus amados, todo ha vuelto al silencio. La noche plácida y serena suspira levemente bajo su blanco velo de desposada argentado por la luna, y sólo la brisa trae dulces ecos que mueren en lo infinito.

"Dormid y reposad" les dice el maestro... Extrañamente turbados, logran al fin sacudir el letargo de sus miembros.

¿Qué ha sucedido? se preguntan sobresaltados.

Vaga confusión envuelve sus afebrados cerebros.

¿Han soñado? ¿Esos pavorosos rumores y esas maravillosas melodías, han sido sólo un sueño? Y de súbito se hace también en el alma de ellos la luz, impulso poderoso los arrastra á los pies del Señor á implorar su perdón, á expresarle su inmenso dolor, su infinita gratitud. La voz de Jesús les detiene.

"Levantáos, vanos. He aquí que el que me ha de entregar está cerca"...

Los ojos de mi imaginación se entelan con miles de lágrimas brotadas del fondo de mi sér. En mi esfuerzo por seguir más allá al Cristo, no puedo... He atravesado en esta hora, una vida... Diversas emociones grandes y profundas agitan las secretas fibras de mi alma. Quisiera, como los apóstoles, echarme humildemente á los pies de Jesús, á implorar también su perdón, á decirle mi inmensa gratitud.

Sólo esta noche, durante los momentos que he vivido á su lado, páreceme haber comprendido la sublime fe del Cristo. En mi espíritu surge un desconocido y misterioso sentimiento, como un suave reposo... una paz infinitamente dulce... Es la paz divina, caricia de su amor, que El ha prometido á las almas que le sigan resignadas y humildes por su doloroso camino de espinas...

SOMBRA



San Jorge matando el dragón.—Bajo relieve del siglo XV.

Carta a Paquita

El manto es una calamidad nacional.

VICTOR MORLA

Querida sobrina, cumplo tu amable pedido de que te escriba. Y te voy á escribir sobre algo "chic", muy propio como preocupación de una dama joven de mundo y moderna como tú, sobre estética y sobre una prenda de vestir de las mujeres: sobre el manto. Dicen que el siglo XIX emancipó al hombre y que el siglo XX va á ser el siglo de la emancipación de la mujer, y por lo que va de él lleva visos de realizarse el aserto en su segunda parte; ya ves tú las bellísimas agitaciones femeninas en los países más cultos de la tierra, en Inglaterra, Francia, Estados Unidos, por conquistar arduos derechos y deberes y duras preocupaciones. Para nuestras damas, débiles aún, como pertenecientes á una sociedad no formada, como la nuestra, les convienen preocupaciones menos complicadas y más suaves como son las de estética, arte, literatura y hasta ciencia. Las ligas están de moda, y entre nosotros las hay de señoras contra el alcohol, contra la tuberculosis y no sé si contra el corsé, pero yo desearía que se fundara una contra el manto, en nombre de la estética. Y te voy á hablar de este asunto porque sé que no eres partidaria de ese negro girón de la colonia que aún dura. Sé que tampoco lo usas. El manto es atroz. Se ha dicho que es inmoral, porque encubre rostros que pueden ir así á donde no deben y que es antihigiénico porque su uso no requiere los cuidados de la toilette matutina. Pero esos son casos excepcionales. Lo que es siempre y en todas las mujeres es feo. Es un trapo fúnebre, una ala de cuervo que sombrea y entenebrece las flores de la vida. Trae abatimiento. Los colores, dicen los fisiólogos, tienen acción sobre el organismo: el rosa da calor, el azul pacífica, el verde alegra, el morado martiriza, el blanco desola, el rojo enfurece, como se ve muy bien en los toros, y el negro entristece, abate y oprime. Y hé ahí el motivo por qué el manto es antiestético, porque entristece, abate y oprime y sugiere servidumbre, estados que no podrán ser nunca bellos en los pueblos formados por gentes libres. Don José Victorino Lastarria demuestra en su libro "La Influencia social de la Colonia" que todos los hábitos de esa época se habían moldeado de modo de traer sumisión, y en esa época letárgica nació como consecuencia natural el manto, derivación del chamal de las indias, para producir en los espíritus aún mayor languidez y agonía. Los detalles externos influyen enormemente en el ánimo de las personas y queda demostrado que una mujer no se puede sentir bien, y por consiguiente, no se puede ver bien, pues pierde su aire de altanería, frescura y sencillez, bajo un lienzo fúnebre, y que también al hombre que la mira, en particular,

tiene que suscitarle, perturbándole, un halo de dolor de ultra-tumba. Hay que considerarlo ahora en la masa colectiva que se esparce por las calles de los pueblos. Desde este punto de vista es aún más atroz. Ya no estamos en Occidente, tierra de la diferenciación individual, sino en los pueblos sojuzgados y fanatizados del Oriente. Una muchedumbre femenina que se arroje y se esconda, y de quien no se le ven sino los ojos como carbunelos, no se ve sino en Turquía, entre los mulsumanes, en el centro del Asia y en Chile. Eso no es decente. Y el aspecto de las ciudades que debería ser de alegre rebullir, sobre todo en nosotros, pueblo joven, que despierta á la vida, es el de pueblo cohibido y funerario; y todavía estos aleteos de sombras fatídicas y temerosas se desprenden de la mujer, en quien está depositada la confianza y la fecundidad, que son bondad y alegría.

Hay que romper ese toldo negro y dejar que el beso del sol se pose en todas las cabezas... pero si su caricia es demasiado ardiente ahí está el gracioso tejido de paja, el castor, el ala de vistoso plumaje, la gasa como espuma de ola del mar, que cuadra mejor á la naturaleza de la mujer, que es la de ser adorno y atractivo.

Durante la Colonia,—no olvides, Paquita, que el manto es una supervivencia de la Colonia,—fué necesario hacer de la mujer un sér infinitamente misterioso y fascinador, para que dominara al hombre y no dejarlo pensar ni ejercitar el espíritu conjetural y aventurero, y envolverla en el manto fué amortajarla, darle á su encanto femenino el atractivo de la muerte, y nada fascina tanto á los españoles como la muerte y el aparato mortuario. "El País de la Voluptuosidad, de la Sangre y de la Muerte" tituló Barrés un libro de viajes por España. La alegría social y la disposición seductora y encantadora de las cosas que necesita un pueblo para vivir, exigen el desaparecimiento de todo aquello que nos sugiere pesada y tristemente, y que tiene por resultado producir el terrible estado "laugoureux" que combaten tanto los franceses, por inmoral, y que vienen combatiendo desde Rabelais. El primer deber del sér que vive es vivir, y pensar en la vida, para amarla más. Sería, pues muy interesante y una preocupación indudablemente elegante, y además patriótica, la de que nuestras damas de mundo se preocuparan de la estética de las ciudades, y una manera de comenzar sería con una liga contra el manto.

Espero que mi carta será de tu agrado; de todos modos recibe un afectuoso saludo mío.

ONDA



HUERFANOS

CUADRO DE TEOFILO PATINI

El Templo de la Felicidad

MILES y miles de años atrás, un peregrino de cana cabellera, gastado por los placeres, los sufrimientos y los años, escalaba las ásperas peñas de inmensa montaña en cuya cumbre se alzaba un templo majestuoso.

Bien sabía el pobre peregrino que entre él y la hermosa mansión que acariciaba su mente, había una distancia inmensa; bien sabía que las rocas que se extendían delante eran las más escarpadas de la interminable cadena de los montes Ideales; pero en su corazón anidaba la esperanza lisonjera, y allá en su cerebro había echado raíces el propósito de llegar a ella ó de sucumbir en la jornada, y cobraba valor y se confortaba contando las horas que le separaban de la realización de los ensueños y ambiciones del ocaso de su vida errabunda y accidentada.

Por fin llegó á la cumbre y tocó á las puertas oscuras y barroteadas del coloso arquitectónico que gravitaba allí envuelto en densa bruma, callado y sombrío.

Al ronco tañido de la disonante campana, que parecía no haberse tocado por largos años, se abrió lentamente la enorme puerta y en sus umbrales carcomidos apareció el guardador del templo, viejo, triste y abatido.

—¿Díme, le dijo el peregrino, es éste el templo de la "Felicidad" que he buscado ansioso desde la cuna? Abre, que mi vida toca á su fin y quiero descansar.

Sonrisa compasiva iluminó el rostro grave del viejo portero.

—No es éste, le dijo suavemente, el templo de la "Felicidad", ni son los "Ideales" cadenas de montañas, sino llanuras desiertas: donde se alzan los pueblos y los bosques umbríos, donde dora los trigales el sol y lucha el hombre por el pan de cada día, donde

juegan los niños inconscientes y las madres entonan sus plegarias y cánticos de amor. Allá está la verdadera felicidad, en choza, campo, desierto y ciudad, al alcance de los que sufren y de

los que lloran, en el seno mismo de la vida, del esfuerzo, del trabajo y del dolor. Este es el templo del Desengaño; los montes que has escariado pertenecen á la escabrosa fila de las "Pasiones",

cuyos picos más elevados toman diversos nombres; unos los llaman: "Avaricia", "Orgullo" y "Egoísmo"; otros los llaman de distinta manera.

La luz de la Esperanza se apagó en los ojos del caminante fatigado; las fuerzas abandonaron sus miembros desfallecidos y con el corazón herido, enfermo y sin deseos de continuar viviendo, sucumbió en los umbrales de las puertas que había buscado con tanto afán.

—No desmayes, hermano, le decía el venerable habitante del templo desolado, ni te detengas aquí. Deshaz lo andado, mira que la misión del que sufre crueles desengaños es evitárselos á los demás. Vuelve al inmenso valle de donde vienes á decirles á los que empiezan á extraviarse que se detengan á pensar que es loco, suponer siquiera, que el templo de la "Felicidad" esté sobre aislada é inaccesible montaña. Cuéntales lo que has encontrado aquí y de tu experiencia amarga, enséñales á buscarla allá donde luchan los seres humanos por el pan cotidiano.

Lenta, dolorosamente se levanta el peregrino y tras trémulo adiós empieza el descenso difícil; pero á los valles no llegó jamás, y sus semejantes no oyeron de sus labios la lección comprada á tan alto precio. Sucumbió derrotado, y como nadie había ganado con su vida egoísta y retraída, nadie perdió con la fuga de su alma adolorida y extraviada. Y los mortales siguen y seguirán buscando el quimérico palacio de la "Felicidad", en las brumosas cimas de las "Pasiones", y recodos de las sendas solitarias hasta que

sus almas beban en las borronientas páginas del gran libro de la "Vida" la verdad de que anida en las moradas é ilumina las horas aciagas de los habitantes del vasto valle de los "Sacrificios".





EN EL DESTIERRO
CUADRO DE LUGÉN KIRCHNER

Los últimos años de un Soberano de la Elegancia

(Arreglado especialmente para "Selecta")



S una tarde deliciosa y apacible de Abril, que va cayendo lentamente envolviendo las cosas en tenue melancolía. Una decena de personas ponen fin á la comida en un comedor semiobscuro de una casa modesta y sencilla, en una penosamente tranquila ciudad sumida en perpetuo sosiego entre la gravedad casi sombría de entornados palacios medioevales. La comida había sido iniciada por los diez comensales con una charla animada; pero no llegaba aún á la mitad, cuando la conversación, entusiasta al principio, había decaído haciéndose lenta, calmosa, interrumpida por silencios prolongados. Un sirviente entró de improviso con paso que parecía querer deslizarse apenas como para no hacer ruido. Sirvió en tazas de estilo Imperio que ostentaban en su exterior, en altos relieves, medallones de los mariscales, aromático café de Moka; las personas sentadas á la mesa lo apuraron displicentemente, casi sin deseo, haciéndose en ese instante absoluto silencio entre ellas, pareciendo así como si hubiesen repentinamente emudecido. Era llegado el momento en que cada cual, con el estilo y el ademán que le era peculiar, abandonaba su servilleta plegándola en la forma personalmente acostumbrada, según la manera que le había sido impuesta por la idiosincracia ó el propio carácter. Después, uno á uno, ó por grupos, se separaban de la mesa.

Uno de los comensales, pequeño, de actitudes indolentes, á quien solían agitar visibles impulsos de cólera y que se encontraba colocado cerca de la ventana única del comedor, que dejaba á la última iluminación de la tarde caer sobre su cabeza y disolverse en la habitación en una penumbra densa, tomó su servilleta que dobló en pliegues cortos y apretados. Una señorita inglesa que llevaba constantemente la cabellera rizada, de alta estatura y fisonomía entristecida, que se colocaba al lado del caballero pequeño y colérico, hizo de la suya una perezosa anguila; otro de amplias espaldas de atleta y formidables puños, dobló á lo largo la suya y luego la anudó en dos, tres y cuatro nudos; alguno que se había mostrado entusiasta al iniciarse la conversación y en cuyo rostro se delataban aficiones de alcohólico, tomó la suya, hizo de ella á manera de una doble cinta, de la cual formó una corbata que arregló al cuello de su botella de vino; uno hubo de los comensales, de estatura extremadamente larga y rostro vulgar que denunciaba al farsante de oficio, que formó de su servilleta un ratón que colocó al centro de la mesa, y no faltó una señora de aspecto bondadoso, casi bonachón, que tomándola entre ambas manos con rapidez extraordinaria hizo de ella un bonete sacerdotal.

Sólo uno de los presentes á la mesa, al concluir la taza de café, abandonó la suya con gesto de despecho y displicencia; se dirigió en seguida hacia un rincón del comedor, de donde tomó su sombrero, que llevó á su cabeza después de haberle hecho un ligero arreglo, y sacando del bolsillo un par de guantes de gamuza se los colocó sin mirarlos siquiera, dirigiéndose á la puerta, listo á partir.

Caminaba mesuradamente. Su andar, sin vacilación, firme, tenía arrogancia discreta. En la mano derecha sostenía un delgado bastón que por su poca resistencia no parecía usarlo para apoyarse en él. Había puesto ya la mano sobre el botón de la puerta para abrirla, cuando uno de sus compañeros de mesa, acercándosele, le dijo:

—Milord, ¿gustaría usted que lo acompañara?

El interpelado se detuvo. Realizó este movimiento con naturalidad, sin violencia alguna, y volviéndose á la persona que le había insinuado su compañía, le habló así:

—¡Dispense! Le ruego dispense! En otra ocasión, otra tarde aceptaré su compañía con verdadero complacencia; pero hoy prefiero ir solo. Y dirigiéndose al grupo de comensales: Señores, hasta mañana.

El llamado Milord había pronunciado las frases anteriores con frialdad, sin apresuramiento alguno, como en el curso de una reposada conversación. En seguida abandonó el comedor pausadamente y ganó la calle, en la cual se perdía el ruido quedo de sus pasos iguales, regulares.

Hubo una mirada común entre los asistentes al comedor de esa casa de pensión, mirada cambiada en silencio, furtivamente. Todos callaban. Sólo uno de ellos interrumpió para decir su opinión, que parecía ser la de todos, acerca del que acababa de retirarse:

—No hay duda. ¡Es un verdadero tipo este Milord!

El comensal de la larga estatura y del rostro vulgar asintió añadiendo:

—Ha de tener alguna relación en la ciudad.

—Es de juzgarse, agregó el que solía experimentar conatos de cólera, al mismo tiempo que con un gesto significativo quiso imprimir mayor vigor á su aseveración.

Al escuchar los conceptos emitidos, la señorita rubia se ruborizó visiblemente. Algunos de sus compañeros respondieron á su rubor con sonrisas de intencionada malicia; otros soltaron exclamaciones que encerraban significados de muchas cosas. Uno á uno tomaron por su parte el camino de la calle y pocos momentos después la soledad se había hecho en el comedor, que quedaba desierto y silencioso.

El personaje á quien habían llamado Milord, se fué á lo largo de la calle solitaria y estrecha y que se perdía á lo lejos en una penumbra somnolente. Caminando con paso seguro, lento y elegante como el de quien atraviesa un salón conocido, parecía estar acostumbrado á recorrer esa misma calle. Era alto, de ancho pecho y espaldas amplias; no era su fisonomía ni bella ni desagradable, pero en ella se dibujaba una leve expresión de malicia.... Una exquisita distinción natural y de perfecto gentilhomme se denunciaba en el conjunto de toda su persona. Los guantes no robaban á sus manos nerviosas la soltura peculiar á las manos distinguidas. La suavidad con que afirmaba los pies al caminar, el aire de su persona y hasta el corte exquisito y severo de sus vestidos de correcta presentación, á pesar de haber sido un poco raspados; todo proclamaba en él una pura aristocracia. A su lado iba siempre un perrito de blancura de nieve, al que dirigía frecuentemente miradas cariñosas.

La ciudad en esa tarde estaba sumida en un delicioso sopor,



Imprimió delicadamente su dedo índice en el botón del timbre...

adormecida en la vaga penumbra de los apacibles crepúsculos de verano, invadida de leve tranquilidad y calma silenciosa. De trecho en trecho, aparecían grupos de niñas entretenidas en juegos alegres ó se veían á través de las rejas decoradas con los ra-

majes de las viñas, familias que hacían, en mesas adornadas con flores, honor al postre de fresas. De las casas salían jovencitas que se dirigían á los grupos, de los cuales se exparcía una vibrante armonía de sonoras risas. Y á veces, parejas de enamorados se encaminaban hacia las penumbras de las plazas en busca de un sitio propicio á sus coloquios amorosos, muchos de ellos apoyados mutuamente como queriendo encontrar una segura fuerza contra quién sabe qué oculta agonía del amor.

El paseante seguía su camino sin detenerse á observar el espectáculo que ofrecía la calle en la tarde apacible, silencioso y grave como abstraído en íntimos pensamientos. El perrito parecía también participar de la melancolía de su amo. Y los dos se dirigían taciturnamente por la acera mal embalsada, extraños al dulce hechizo de esa hora.

Milord atravesó el paseo; se deslizó bajo la arcada de muchos portales; se dejó ir por callejuelas tristes, ganó una plaza plantada de árboles frondosos, y caminado que hubo por espacio de media hora, se detuvo frente á una casa cuyas ventanas estaban cerradas, imprimió delicadamente su dedo índice en el botón del timbre, mientras el perrito trataba de llamar dando á la puerta golpecitos con la cola. La puerta se abrió sin que se viese persona alguna del interior; un momento después se cerró tras de él y la calle que había sido turbada solamente por su presencia, sumióse de nuevo en una honda quietud.

El hizo un saludo cariñoso á la sirvienta, una aldeana que llevaba á la cabeza un gracioso gorro blanco; ella lo condujo hacia un saloncito del piso bajo, en el que el orden de los muebles denotaba la regularidad de una vida sedentaria y el arreglo dispuesto por manos de una mujer joven que se había complacido en colgar en las paredes, al alcance de la mano, objetos que decían ser recuerdos íntimos de su vida. Apenas había tomado posesión de un sillón el misterioso personaje, con la seguridad de quien está familiarizado á sentarse en sillones, apareció una mujer joven que, dirigiéndose á él y presentándole la frente, en la que él posó sus labios, le dijo:

—¿Es usted, mi amigo?

Luego continuaron una sonrisa de infinita satisfacción, como la que asoma á los labios de personas que se sienten felices de encontrarse después de largo tiempo, aunque sólo fueran pocas horas las que los separaban.

La joven recién llegada frisaría en los treinta y cinco años. Su cabello rubio tenía el tinte vagamente descolorido de las cabelleras de ese matiz de algunas mujeres jóvenes que han sufrido mucho, que han llorado mucho, y cuyas lágrimas parecen haber bañado sus cabellos, empalideciéndolos. Su gesto era dulce y su fisonomía taciturna al par que afable. Caminaba con arrogancia, bien que se adivinaba en su porte burgués la carencia de una aristocracia nativa. Faltábale el sello característico de él, á quien llamaba simplemente por su nombre: Carlos; á lo que el titulado Milord contestaba con monoslabos. Después de un rato, él, poniéndose de pie, principió á andar á través de la sala, con paso taciturno, abstraído como si luchase por alejar graves y torturantes pensamientos. De improviso, volviéndose hacia ella, dijo:

—Excúseme, Luisa. Desde hace mucho tiempo la alegría ha huido de mí. Esta noche estoy profundamente triste y no quisiera, para no comunicarle mi pesadumbre, permanecer á su lado. Sólo quiero, pues, verla antes de retirarme á mi habitación.

Ella le contesta:

—¿Por qué está usted triste? No se vaya usted, quédese. Cuando estoy en su presencia soy feliz: siento una íntima satisfacción, una viva alegría.

—¿Me ama usted entonces, Luisa?

—No amo á otro más que á usted.

Callaron. Silencio profundo reinaba en la sala. Se oía únicamente el tic tac seco y monótono de un reloj en la calma solemne. En el sombrío reposo que pesaba en el recinto parecían palpitar palabras no dichas, frases deseosas de vibrar. El, rom-

piendo de improviso el silencio, habló, yendo á sentarse al lado de ella:

—Usted ignora el fondo de mi sér. No sabe de estos repentinos ensueños que me abruman, de estas tristezas infinitas y desgarradoras que me dominan. Tal vez piense que soy un loco. Incliné en seguida dolorosamente la cabeza y continuó: Disgustos, fastidios, contrariedades los he tenido, como también grandes alegrías. Pero, ¿no se ha preguntado usted alguna vez cuál fué mi pasado, el secreto de mi ayer?

—No, respondió ella.

—Sin embargo usted me ama. ¿Cómo, pues no ha acudido á su mente el pensamiento de preguntarse cuál ha sido mi juventud? ¿Si el nombre que yo llevo no es el mío propio? ¿Si no fuera acaso...?

—Es que no soy curiosa; lo amo y eso basta á mi corazón. Sí, no dudo de que usted ha sufrido mucho. ¿Quién no ha sufrido en la vida? He creído que tenía ante mí el final de una vida que me era necesario dulcificar. Y si acaso he conseguido durante los dos años que hace que está usted aquí, en esta casa, darle un poco de felicidad oculta, ¿qué importa lo demás?

—Gracias... Pero ¿qué podré hacer yo para recompensar á usted esa ternura que me prodiga, sobre todo en momentos como éste? Yo quisiera poderlo... pero no. ¡Los muertos no deben volver!...

—Veo que usted sufre, Carlos.

—¡Ah! dijo él con tono de inmenso pesar. Sí, hace un momento le hablaba de mi pasado; cuando pienso en él, una tempestad de orgullo sube á mi interior y sufro al no reconocer en este Carlos Berthier que se ve cruzar la calle seguido de su perrito, al hombre de otros tiempos. Yo, era alguien. Más aún, oiga. Quiero hoy, por poco que sea, hacer algo para agradecer á usted lo mucho que hace por mí. Déjeme hablar. Pienso que talvez en confidencias pudiera corresponder á su amor; hoy me siento impulsado á hacérselas. El momento es solemne y quizá el único en que podré abrirle mi alma por completo.

—Le escucho, amigo mío, dijo ella, sonriendo con gravedad.

—Y bien, dijo él; ese pasado del cual hablo yo muy raras veces, del que evito hacer alusión alguna, temo que aparezca á sus ojos, insubstancial y frívolo.

—No, repuso ella, nada es frívolo cuando se recuerda!

El, después de un ligero silencio, apoyando la cabeza en las manos, principió á hablar en voz baja, como consigo mismo.

—Sí, exclamó, Inglaterra! Inglaterra! Ah, dónde está el bello tiempo de mis estudios y aquél en que cuando yo asistía á banquetes, festejos y carreras de caballos, se me nombraba singularmente y se sentían orgullosos de verse á mi lado! Sonrió. Un hábito insólito de orgullo transfiguró su fisonomía, en la que había resignada filosofía y un poco de desdén por esas locuras de otro tiempo.

Con atención afectuosa, indulgente y casi maternal, la joven mujer le escuchaba.

—Ah, mi pasado! ¿Qué queda de todo eso? Sí, en otros tiempos yo fui alguien, fui ilustre, fui grande, se me consideraba una persona famosa. Departí familiarmente con gentes ilustres, é innumerables veces anduve del brazo con el Príncipe de Gales. Las mujeres más elegantes y bellas me asediaron, me cortejaron, murmuraron á mi oído las más significativas adulaciones. En Leicester hice la caza de la zorra. Me he rolado con los más distinguidos diplomáticos europeos. Mis guantes eran confeccionados por tres obreros especialistas: uno para el pulgar y dos para los otros dedos! Ah, quisiera que usted me hubiese visto en la gran elegancia de mi juventud. Dios mío, cómo está lejano todo eso! Oiga usted; á veces pienso si ello no ha sido más que un sueño, ó si no es más que una remembranza de una vida anterior. Pero no siento que soy el mismo... ¿Cómo un pasado de grandeza nos hace pequeños! Después de todo, no crea que me quejo de mi suerte: estoy olvidado, perdido en un rincón de provincia, pero usted me ama, ha recogido usted en sus pequeñas manos los fragmentos de mi vida, y si yo no



Dió un beso á la mano de su joven amiga...

hubiese tenido desde hace dos años su tierna amistad, mi vejez habría sido oscura y sombría como una prisión; usted la alegría. Usted me ha dado á conocer el goce íntimo y dulcísimo de ser amado sin interés, sin falsa vanidad, por una mujer que me ha dado todo sin pedirme nada en retorno, pensando que esto bastaba. El extraño personaje se detuvo aquí visiblemente emocionado. En ese momento llegaban desde la calle débiles voces infantiles que tarareaban una canción. El canto ascendía por los muros grises del jardín y nada era más melancólico y turbador que esa alegría infantil en medio de los recuerdos evocados por este hombre singular.

—¿Ha oído? dijo ella con voz queda.

Y él respondió:

—Sí.

Ella, entonces, acercándosele, continuó:

—Usted parece presa de penosos recuerdos. No se aflija usted. Piense que lo amo, ¡abráceme! y váyase. Volverá mañana, quizá entonces haya olvidado parte de sus pesares.

—Nó, dijo él; puesto que he comenzado debo hoy acabar de manifestar aquello que se desborda en mi corazón. Yo no puedo hacer de mi parte cosa alguna para corresponderle. No tengo otra riqueza que los recuerdos de lo que he perdido. Quiero, al menos, que usted sepa quién es el hombre á quien ha amado y de quién ha sido amada con respeto. La muerte no nos separará sin que antes lo sepa usted. Con peligro de parecerle vanidoso, á una edad en que la vanidad no se usa, pues tengo cincuenta y nueve años, confío en que después de esta confesión usted me amará no más intensamente pero sí de otra manera, en ese sentido que usted comprende mejor, y entonces se explicará mis desigualdades de carácter.

—Que sea así, amigo mío; siga usted si gusta.

El continuó con voz temblorosa:

—Busque usted entre los más altos títulos de uso en Inglaterra... trate de adivinar; ¿no adivina usted?

—Nó, amigo; nada sé, soy ignorante.

—Ciertamente, usted no puede adivinar; acaso piense que he sido algún Lord, algún gentilhombre.

—Sí, sin duda...

—He sido más, más todavía.

—¿Verdad? dijo ella ingenuamente. ¿Qué ha sido usted entonces?

—Yo he sido... he sido. Y parecía no poder resolverse á revelar ese secreto de su vida que llevaba con él desde hacía muchos años y que ocultaba cuidadosamente á todos en su retiro provincial.

—¿Qué ha sido usted? replicó ella; ¡cuente!

El calló.

—¿Marqués?

De parte de él el mismo silencio.

—¿Duque?

—Suba, suba!

—¿Qué ¿todavía más que príncipe?

Con visible esfuerzo respiró y dijo:

—A la época de mi reinado...

Ella le interrumpió con sorpresa:

—Usted, Carlos, ¿usted ha sido rey? Y sonrió con una sonrisa compasiva y tierna como cuando se sonríe á los niños.

El no pareció notar esa expresión de su rostro y respondió:

—Sí, Luisa, lo he sido.

—¿Rey?

—Rey.

—Pero... ¿cómo se llama usted, quién es usted entonces?

Vaciló un momento y después, con grave y triste solemnidad, pronunció lentamente estas palabras:

—Yo soy Brummel, rey de la moda.

El esperaba de su amiga una explosión de satisfactoria alegría, sorpresa manifestada en su rostro, la humilde estupefacción de una joven de provincia que escucha un nombre que en otros tiempos su sola pronunciación había hecho fulgurar de amor á las más célebres damas de Inglaterra; pero ella permanecía inmóvil y tranquila, sin que en su rostro se notase la más leve señal de sorpresa; sus pupilas no se iluminaron, sus grandes y dulces ojos continuaron como antes. Después de una brevísima pausa preguntó con voz ingenua y dulce:

—Brum... Brummel... ¿Qué nombre ha dicho usted?

Honda palidez transformó el rostro de él.

—Luisa... cómo! Usted... usted ¿no conocía ese nombre?...

Ella observó que sus últimas palabras habían afligido á su amigo. No obstante, le respondió con la sencilla franqueza de las almas buenas:

—Es la primera vez que lo oigo.

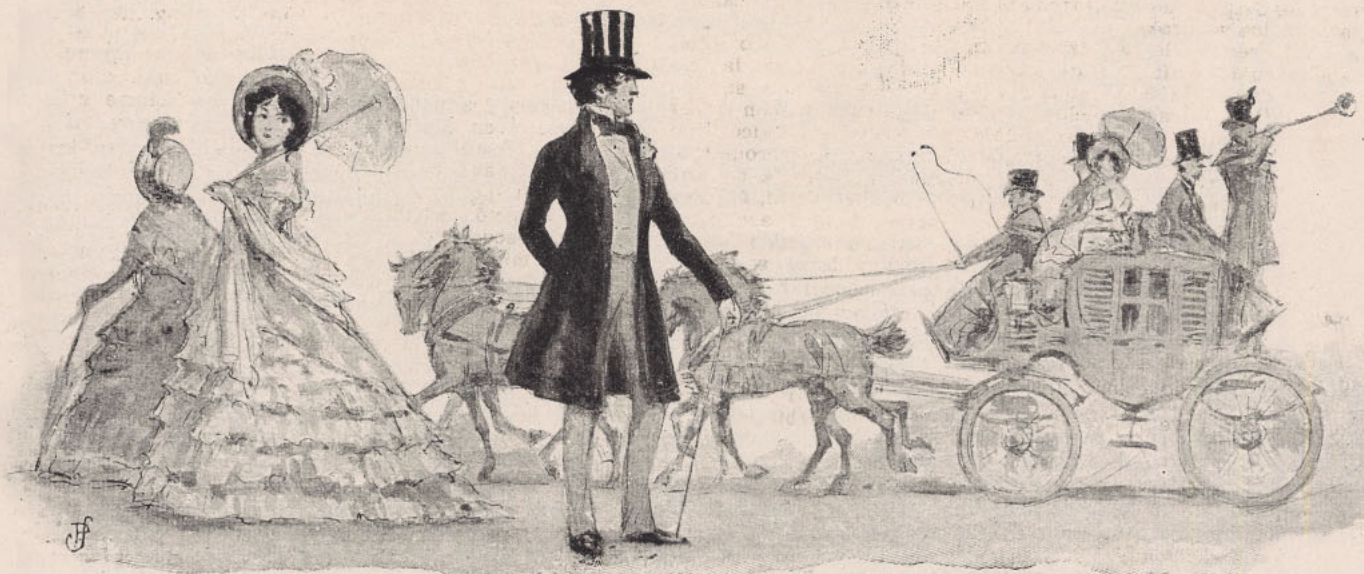
Como dominado por un sentimiento de terror, él permaneció inmóvil y en silencio, por algunos momentos. Con voz baja, muy baja, tanto que apenas se escuchaba en el saloncito que habían llenado las sombras de la noche, murmuró:

—He aquí lo que la vanidad puede hacer del hombre. ¡Ah, qué insensato he sido! Yo que creía recompensarle aunque en pequeña parte, agradecerle la delicada ternura que me prodiga, el cariño desinteresado y discreto con que alegra mi triste presente; yo que pretendía realizar ese íntimo deseo diciéndole ese nombre, revelándole ese nombre que ha sido conocido de toda Europa y que ha llenado de orgullo mi vida, y... usted no lo sabía... Nó... Ah! qué saludable lección es esta y cuán justo que el castigo á mi vanidad me haya sido dado por usted, aunque involuntariamente! Todo eso valía bien poco! Vanidad, y más vanidad... Nó, nada hay más verdadero en la tierra, amiga mía, que ser amado, aunque sea muy tarde... Lo demás...

Y el extraño personaje hizo un gran gesto de desprecio, y dobiendo hacia la tierra la rodilla, depositó un beso en la mano de su joven amiga.

BRADOMIN

Santiago. Invierno MCMX.



Brummel, rey de la moda...

GUILLERMO MATTA

II

¡Con qué indecisa y temerosa alegría volvemos los ojos al pasado para hacer adelantarse de su sombra la figura majestuosa del poeta! Nos sentimos vacilantes, irresueltos, perdidos en la vaguedad de una emoción lóbrega, en el medroso clarobscuro del corazón... Recordar una grandeza es una alegría que tiene mucho de pavor: nos desvanece, nos disipa. ¿Rechazarla? N6. La imagen se impone. Diseñada la primera línea rememorative, la dialéctica del dibujo completa la visión. Ya podemos seguir sus contornos precisos, apartando las obscuridades que aún desnaturalizan la totalidad de la expresión. Es el maestro; es Matta. Lo vemos con el mismo asombro admirativo con que lo viéramos en la gloria indisputada de sus años últimos. Tal vez por esto, porque presentíamos su majestad anuladora, temíamos evocarlo. Sin embargo, era una evocación necesaria, porque no podríamos decir las entonaciones de su voz lírica, sin indicar las plasticidades de su gesto, ni podríamos señalar las vehemencias de su acción tribunicia, sin delinear la armonía de sus actitudes. El poeta, en el maestro, era el hombre.

I

Conocimos á Guillermo Matta. Cuando presidía la Sociedad Unión Americana, reorganizada en 1895, con motivo del movimiento emancipador de Cuba, nos hizo, honrando nuestro entusiasmo de muchachos, secretario de la Comisión de Correspondencia de esa Sociedad. La juventud acudía tumultuosamente á las festividades que la Sociedad celebraba con fines de propaganda patriótica, en los salones del Club Radical de Santiago. Allí tratamos al ilustre inspirado. El no excusaba nunca su concurso para esas solemnidades en que la juventud himnaba cuanto hay de bello en la vida, y en que se ofrecía la tribuna á quien quisiera dejar caer una palabra aromada de emoción. En una sala no muy extensa, dorada por la luz de las lámparas de gas, se ordenaban las sillas en hileras sucesivas, escasas para los asistentes, que permanecían en su mayor parte de pie, agrupados á las puertas.

Ninguna noche se dejó de ver allí el rostro pensativo de Pedro Antonio González ni el sereno y majestuoso rostro de Pedro Nolasco Préndez. Jóvenes de corazón y de espíritu, no podían faltar á esas palpitaciones de primavera.

Al fondo de la sala estaba la tribuna, un entarimado cubierto por alfombra roja. En ella recitó Guillermo Matta sus últimos cantos á la libertad y al derecho.

Alto, grueso, ajustado en correcta levita negra y erguida la cabeza de estrecha frente, revueltos cabellos grises y larga y canosa barba en punta, Guillermo Matta, de pie, comenzaba con varonil acento y tranquila unción mímica, á recitar sus versos amplios, robustos y sonoros. A poco, la lentitud se hacía ligereza; su gesto adquiría intensidad y su voz tomaba entonaciones vibrante, encendidas en sagrado calor. Llegaba á la cumbre de su epicismo, y, avanzando su cuerpo, en un comienzo de paso hacia adelante, estirando el brazo en cuya extremidad temblaba la blancura del puño, indicaba con su índice agorero el casi siempre estigmatizador final de sus estrofas. El viejo poeta se convertía en apóstol. Parecía agitado por un soplo de apocalipsis. Sí; para nosotros, muchachos, había algo de revelación en sus versos encendidos en una luz augusta, en el amor á las ideas redentoras, versos que sentíamos caer uno á uno, como brasas, agostando gozosamente la frescura de nuestra visión de la vida. Luego, mientras se aplaudía el triunfo de la palabra y se seguía con la pupila del pensamiento la curva luminosa de los horizontes sugeridos por el poeta, éste descendía, altivo, majestuoso, agitados todavía los labios por el rumor de los versos positeros.

Matta, que era hombre de severos estudios, había sentido y comprendido el ritmo de la historia. Presentía su cadencia final, seguramente, la liberación completa de los espíritus. Ante ella no pudo,—no estaba tampoco en su naturaleza,—ser un soñador estilista, sino un poeta de lucha, un suscitador de actividades. Su época requería energías visionarias. Era de transición. Algo sombrío y enorme, con la pavorosa majestad que le daba su existencia de siglos, moría en el horizonte moral de ahora cincuenta años. Era un derrumbamiento de ideas y preocupaciones. Matta se puso de parte del futuro. No eran momentos para arrancar con las delicadezas florales de una cítara triste el madrigal errante de la brisa. Era preciso cantar las excelencias manumisoras del derecho y la libertad morales.

¿De qué sirve el gemido?
Ni lágrimas ni quejas.

Ante la bella magnitud de su obra, Matta aceptó el sufrimiento heroico del dolor. Lucharía por que éste desapareciera, pero sin exhalar un lamento. Para ello prescindió de los sueños íntimos, de las sutiles incidencias del corazón, de los latidos de flor en germen que los anhelos inconscientes ritman en el silencio meditativo del espíritu. Hay en la vigorosa labor del poeta muchas resonancias de estas voces interiores, muchos destellos de esas nadas luminosas que se arrastran por el fondo de una vida como luciérnagas por el fondo de un abismo, pero todos se pierden, desaparecen en el arrebatado torbellino de su obra magna.

Urgido por su ansiedad de impulsión colectiva no pudo tampoco detenerse en las transcripciones minuciosas de la naturaleza. Tuvo que sintetizar sus impresiones, dar las de conjunto, las de los grandes planes del mundo exterior. La época modelaba al poeta. Si ella hubiera sido de placentera serenidades nacionales, la pupila del bardo habría podido recoger las más leves emociones de la tierra, las más sutiles insinuaciones de la luz y las más misteriosas reticencias de la sombra. Pero, absorbido por las febrilidades de su lirismo humanitario, sólo nos dió representaciones sumarias y sencillas de las líneas, los colores y las formas.

Así, pues, si en Matta la naturaleza no aparece sino en conjunto, en sus fases generales, si no se singularizan los aspectos, si no se individualizan los caracteres, si no se personalizan los paisajes, si sólo la vemos anónimamente, es vehemencia magnífica de la síntesis moral que lo arrebató. El quería imponer su doctrina de salud, predicarla hasta que suscitara su resultado lógico, la acción. Sería un poeta órfico. Si el lírico griego se hizo seguir por los árboles, él arrastraría á los sonos de su lira, la selva rumorosa de las muchedumbres y las precedería apoyándose en el bordón mosaico, bajo el viento contrario que arremolinaría sus nevados cabellos y desviaría su larga barba de apóstol.

Pero ¿sería suficiente la prédica para provocar la acción? Para persuadir á las muchedumbres, mostró el puesto del hombre en la tierra, delineó vigorosamente los contornos de la personalidad humana desconocida, atropellada; vistió de dignidad á los abyectos, aureoleó de santidad á los miserables. Después recurrió al más eficaz de los medios diferenciadores, al contraste. Individual y colectivamente presentó la humanidad de su época con la humanidad de su ensueño. Larga era la senda por recorrer, lejanos aparecían los horizontes nuevos, pero él, que guiaba, se sentía fuerte, ágil, en la plenitud de su energía. Adelantándose cincuenta años á los poetas chilenos que hoy loan la belleza moral oculta en los andrajos populares, su lira tuvo cantos pletóricos de afirmaciones reivindicadoras del derecho olvidado. Nunca, entre nosotros, ha sonado más inspiradamente la voz de la lírica roja. Después de



Guillermo Matta

mostrar la miseria, quiso explicarla. Venía de la ignorancia. Esta, además, era la causa del hambre, y si en muchos hombres dominan los instintos salvajes, si en ellos el deber es una estrella de ignota luz y el honor un lirio de desconocida blancura, si su acento tiene pavorosidades de rugido y su mirada inquietudes de llama, es que el hambre hunde todavía los flancos de esos gruñidores lobos hobbeccianos.

Ante ellos, ¡qué hermoso el hombre de sus sueños! El poeta lo veía, adquiría á sus ojos consistencia, se hacía realidad. Su piedad activa, no contemplativa, iba hacia las masas populares, en las que sentía palpar el porvenir en gestación. Al sentirlo, su fiereza apostólica se transformaba en alegría.

e come su la preda un leopardo
il suo pensiero a l'avvenir correa.

Corría el pensamiento, como en el soneto de Carducci, al futuro. ¿Llegaría la humanidad á convencerse de que su fin era realizarse á sí misma? La finalidad de la vida no debe buscarse más allá de los cuatro puntos cardinales de la tierra. Todo trascendentalismo le parecía vano. Un instante creyó que la ciencia,—verdad y razón, decía,—llegaría en sus promesas hasta lo celeste... Pero pronto volvió al fondo de su pensar, á la humanidad considerada humanamente, á la que debe buscar en ella misma la energía necesaria para su perfeccionamiento, para moldear su propio destino. Ese destino estaba en la tierra. No confiaba en la suerte de la humanidad que marchara despegada del suelo, como esas figuras emblemáticas de ensueños religiosos que en los cuadros sagrados aparecen elevándose, arrebatadas por un viento de asunción. Nó. El hombre debería bajar los ojos elevados inútilmente por siglos de siglos al azul silencioso. El deber, el honor, la libertad, el derecho no eran entidades ilusorias. Era preciso amarlas y defenderlas. Se indignaba con los indiferentes y gastando en sus palabras de sinceridad la vehemencia de su sangre, los azotaba con el látigo de su cólera santa. Sus fervorosidades de vidente hicieron oscilar el velo del porvenir y en las impaciencias de sus afirmaciones de vida ensavaron el vuelo naciente la paloma de Feurbach y el águila de Nietzsche.

III

¿Qué fuerza sostuvo al poeta en su labor enorme? El se había dado una misión.

La vida del artista es sacrificio.

Este concepto del carácter misionero del poeta lo bebió, seguramente, en el estudio de los líricos alemanes. Matta fué, mucho antes que otros escritores latinos, influenciado por el pensar y el sentir septentrionales. Los literatos chilenos contemporáneos de Matta, á pesar de las advertencias de Lastarria y Sarmiento que los impulsaban á emancipar su mentalidad de las sequedades clásicas, no hacían sino imitar las formas literarias del siglo de oro castellano. No se atrevían á expresarse por sí mismos, con prescindencia de los modelos antológicos, temerosos de ser acusados de indirecta crítica á los dioses, de rebeldías evehemerianas. Los talentos más vigorosos, los temperamentos más nítidos, reverenciaban el tutelaje de la literatura hispana, y toda la generación de mediados del siglo postrero, pasó comentando los libros clásicos, inutilizando los bríos originales de sus personalidades en una estéril etapa de alejandrismo.

Matta respetó la forma, pero, dentro del verso castizo, diluyó el acopio de ideas hecho en sus largos años de cultura alemana. Se adelantó así á muchos escritores europeos en la comprensión del espíritu del norte, en la profundización de las ligeras brumas de su pensar donde halló más de un punto luminoso desconocido en los horizontes de la literatura greco-latina.

El poeta es un liberado. Si no se da á sí mismo una misión, la sociedad no se la impone. Goethe pudo buscar el fondo inamovible de los efectos y las pasiones humanas; Heredia, los esplendores frescos ó patinados de los cuadros históricos; Hugo, las visiones sombrías del pasado ó las visiones doradas del futuro, y Sully Prudhomme los idilios rientes ó las lóbregas epopeyas del espíritu. Para Guillermo Matta, el poeta debía glorificar lo bello estético y lo bello moral y, al dar su canto á uno, debía dar al otro su canto y su acción. Así, no fué un burilador de exquisiteces plásticas, ni un acuarelista de sutilezas emotivas, sino un provocador de actividades épicas. Sentía una necesidad casi agresiva de expresarse. Sus impaciencias chispeaban. Si hubo para él un imposible, fué el silencio. Cuántas veces quiso engañar su brío con temas fugaces, no llegó sino á demostrarse que su voz era propia para la oda tumultuosa y no para el verso de utilidad doméstica, el verso bibelot, el verso tapiz, el verso de salón. La frivolidad, aún la bella frivolidad de las nadas sentimentales, no se avenía con su espíritu apasionado de los grandes motivos del pensamiento. Matta se había dado una orientación devoradora.

Voy solo. En mi camino,
santo, noble deber, conmigo vienes.
Cuando agobia el cansancio al peregrino,
tú, con brazo cordial, tú lo sostienes.

Para él que amaba más lo abstracto que lo plástico, que había seguido sin una leve turbación las líneas arquitecturales de los más estupendos sistemas filosóficos, la idea del deber tenía que aparecérselo en toda su belleza imperativa. La siguió como un esclavo. Ella le impuso el esfuerzo por apresurar el desenvolvimiento de la vida, el florecimiento del futuro. Ella le dió la savia de sus cantos modulados en todas las escalas líricas y épicas; ella lo hizo recorrer con febrilidades insaciadas, desde la amargura del treno á la gallardía del peán y desde el siseo de Puck al relincho de Pegaso.

IV

Aquí, por falta de espacio, nos vemos obligados á suprimir nuestro comentario sobre los héroes, el motivo moral, el kantismo y espinosismo en la lírica del poeta.

V

Matta decía tener, como un correcto clásico, un arte poético perfecto. Pero su corrección es gramatical, retórica, nó artística. Sus versos, exclusivamente como versos, no producen ese conjunto armonioso de sensaciones que es el encanto de la forma. No unen, no alían íntima y musicalmente el placer sensual que nos envuelve al sentir el halago del ritmo, con la expresión moral, con el desenvolvimiento de las ideas que nos encienden en el mismo fervor del poeta. Sus ideas se insinúan, se presentan y se desarrollan con soltura y gracia, diríamos con alegría, por la falta de esfuerzo, por la naturalidad de sus movimientos expresivos. Sus versos nó; tienen algo de pesado, de irresuelto, de espontáneo; carecen de agilidad; se esfuerzan, luchan, sufren. A veces, con un período irregular, áspero y brusco, y más largo ó más corto que el período anterior, turba la armonía de éste, guardada por el recuerdo en el oído, entorpeciendo, así, el delicado equilibrio que en nuestro silencio interior buscan las resonancias de las cláusulas rítmicas. Así, su verso no se deja coger, auditivamente, con facilidad. Hay disonancias que no se resuelven en armonía y rudezas que no se funden en suavidad. Es un verso doloroso. El dolor de la forma, en Matta, es real. Se sienten en ella las angustias no victoriosas del artista por vencer las crispadas rebeldías de las palabras. En esta lucha, que ha sido de todos los artistas, Matta venció casi siempre en la elección del vocablo único, pero no en la modulación de las frases, movidas, sin embargo, por un ritmo estrieto. Les falta fluidez, unidad continuativa en la voz, línea melodizadora en el conjunto. Matta dió á sus estrofas la música métrica, no la simétrica; la ordenadora del verso, no la ordenadora de la composición.

No pedimos al poeta un deslizamiento permanente, ni una permanente majestad. Cada emoción debe tener su eco verbal, triste, gozoso, heroico. La fluidez invariable es un defecto. Se advierte en ella más el hábito de rimar que el resultado exacto de las emociones. Estas son, muy á menudo, irregulares, inseguras, vigorosas, reposadas ó violentas, y no siempre se desarrollan en etapas sucesivas claramente apreciables. A veces se desvían, se pierden, se desnaturalizan en sus propias resonancias morales, se diluyen en algo muy diverso del movimiento anímico que las suscitara. Por eso la primera virtud artística, es para nosotros, la espontaneidad: el manantial de aguas vírgenes que dormido ó tumultuoso, desenvuelve las irregularidades de sus caprichos cristalinos.

Matta amaba el verso bien cortado, de majestuosos finales; pero su falta de flexibilidad le impidió muchas veces alcanzar la victoria de su intento. No era, en definitiva, un temperamento musical. Auditivamente era un primitivo. No sentía bien sino los compases guerreros. No habría podido laborar una de esas composiciones modernísimas que están en el límite mismo en que la poesía se resuelve en música y que nos hacen sentir no una idea ni un paisaje, sino la sensación de un minuto lírico reproducido por el verso en un remedo casi instintivo, sólo comparable al arrullo con que la tórtola imita el rumor de las brisas en el bosque. Matta no escuchó los murmullos sino los clamores de su alma y de la tierra.

VI

Matta, en su lirismo heroico, en su visión profética, sólo recogió de la historia el bronce. La belleza un tanto agresiva de su actitud tuvo que suscitar el odio de los ofendidos, de los interesados en la ilusión celeste. Enmarañados en inextricable follaje de horror, el vidente los cruzó, sereno y valeroso. La ironía, la sátira, la befa y la insidia se arrastraron viperinamente ante su paso, amenazándolo con la púrpura vercosa de su lengua. El poeta no las vió. Había adquirido la impasibilidad de lo que no muere; se sentía seguro de su sangre, transfundida en la sangre colectiva, seguro de su brío, inspirado en la esperanza de la multitud. Era una fuerza de la naturaleza. Por eso su obra es grande y como todo lo grandioso tiene las desproporciones mareantes de lo sublime. Su norma es el desorden épico. Sus versos no fueron los de un paciente burilador de camafeos, que necesitara de la claridad de muchos días para la luz de un resalto y de la obscuridad de muchas noches para la sombra de un pliegue; pero, por ir en ellos disueltas las más vehementes aspiraciones de la vida, merecen ser murmurados por los rumores de la selva ó rugidos por los clamores del mar.

LA CIUDAD DE SANTIAGO SUS PLANOS Y TRANSFORMACIONES

(Véase la primera parte en "Selecta" del mes de Abril)

En el siglo XIX, con la Independencia, así como para todo, para la ciudad y sus planos comenzó una nueva era. Estos fueron muy numerosos en poco tiempo. Se debieron todos ellos á extranjeros: Miers (inglés), Gay, Herbaie, Dejean y Ansart (franceses), Gilles (norteamericano), Fioretti (italiano).

El primer plano de la era independiente lo levantó Miers en



La Plazuela de la Moneda en 1835

1825. Es una obra muy correcta, apesar de haber sido su autor, según dicen, un acérrimo enemigo de Chile por haber tomado aquí mal sesgo sus negocios. Es el primer plano de Santiago que consulta debidamente el lado norte del Mapocho, lo que los españoles llamaban "La Chimba", según la designación que en todas sus ciudades daban á lo que quedaba más allá del río. Miers señala la Cañadilla, la Recoleta y la calle de Bella Vista; la Casa de Pólvora, en el Cerro Blanco y los contornos del San Cristóbal. Se señala el Molino de Gómez á la bajada del puente de Calicanto, tal como eso estuvo hasta 1888, año en que, innecesariamente, se demolió esa obra colosal. También toma nota de cosas que los ingenieros anteriores habían descuidado, como ser la iglesia votiva de los Lisperguer, al pie del Santa Lucía, los dos castillos del cerro, las Recogidas, el palacio de los obispos, etc. Diseña claramente las calles situadas al sur de la Alameda, ese barrio que llamaban "Villa de Cóbil", por el maíz tostado que sus miserables moradores comían en callanas. Más allá de San Miguel, el ingeniero británico, dibujó, en doce manzanas tiradas á cordel, el barrio de Chuehunco, que en realidad solo vino á existir cuarenta años más tarde.

Este plano (*Plan of the of Santiago, the capital of Chili*) es muy detallado. No se le escapa el obelisco de don Ambrosio O'Higgins, á la salida de la calle de San Pablo, camino de Valparaíso. Diseña la Casa de Moneda, la iglesia de la Estampa, y hasta el teatro en que, por esos años (1829), la Escheroni cantó el "Tanaredo" y la "Gaza Ladra". Dicho teatro fué edificado por un comandante de ejército en la Plazuela de la Compañía, con vigas amarradas con látigos. Un ingeniero historiador, dijo: "Ese teatro lírico, así amarrado, ladraba..."

Hay otro plano de la misma época, de procedencia inglesa, anónimo. Contiene detalles que le faltan á Miers: la Casa de Correos (Santo Domingo esquina de Teatinos), el Seminario (Agustinas abajo), el canal de San Carlos (terminado en 1827), y los jardines de la Recoleta franciscana.

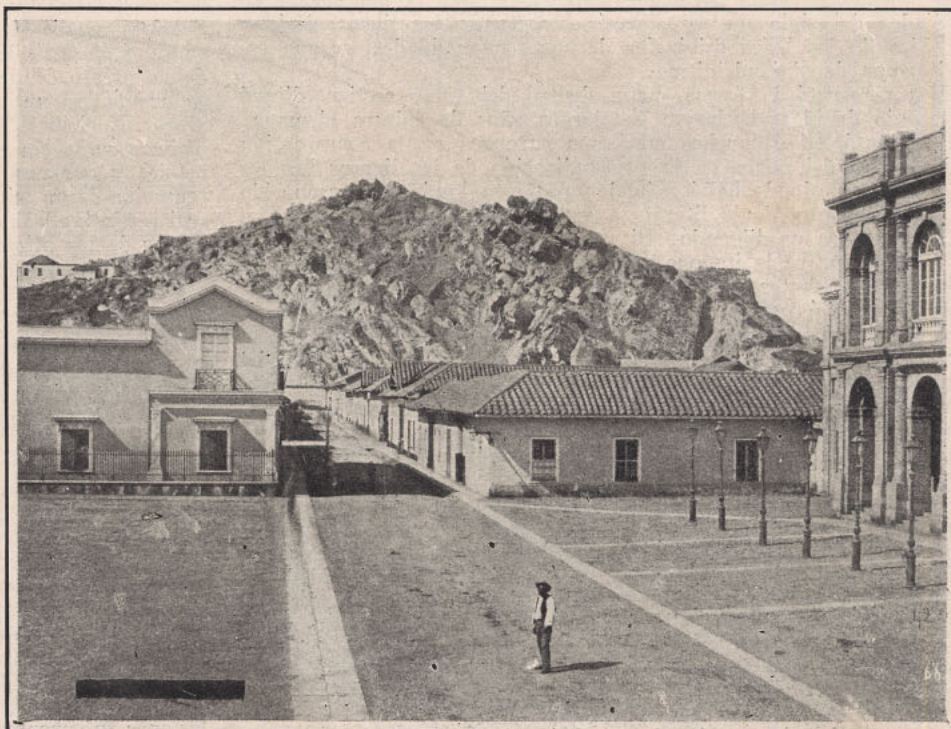
Hay dos indicaciones en este plano que no dejan de llamar la atención: *Pellery*,—dice una,—*store house* (almacén de pieles ó

pellones); la otra dice: *Court of San Binivente*. ¿Qué peletero tan famoso era ese que merecía su dirección en el plano de la ciudad? No se sabe... ¿Y qué patio era ese de San Binivente? Tal vez la casa de alguna familia Benavente en la Alameda, paseo que ya, como tal, figura en el plano, aunque con este nombre algo desaliñado: "Calle ancha con una acequia de agua al medio".

Paralelamente con estos planos de principio del siglo XIX, se tienen apuntes gráficos, vistas panorámicas, dibujos, acuarelas de la ciudad, del movimiento y de la fisonomía de las calles. Algunos extranjeros—con el interés que despierta un pueblo tan pequeño y tan joven que se ha hecho libre—dibujaron y pintaron nuestras costumbres en campos y ciudades. Ilustró su obra sobre Chile la viajera inglesa señora Graham, la amiga de Lord Cochrane. Rujezas y el mulato Gil, dejaron cuadros que son verdaderos documentos. Poco después vino el incomparable acuarelista coronel Wood, fiero militar y observador prolijo, que tenía un exquisito sentimiento de la luz y del color. Los originales de estos aficionados serán las viñetas que ilustren la historia de los primeros cincuenta años de nuestra vida independiente.

Tengo en mi poder—restos del archivo de mi padre—una vista de la plazuela de la Moneda en 1835. La escolta del Presidente va pasando. La miran pasar, caballeros, huasos bien montados y gente del pueblo. Tengo otra vista, muy extravagante, que dice ser una perspectiva de la Alameda de las Delicias, en 1833, á la altura de San Francisco. En esta vista se da á las cordilleras una ubicación tan cercana que parece que estuvieran en la calle de la Maestranza. Abunda esta vista en revelador y pintoresco movimiento del pueblo. De 1823 tengo una vista de la calle de Santo Domingo, la cual—de igual modo asociada por cordilleras demasiado cercanas—muestra el detalle de esa edificación de pardones y mojinetes, ese estilo andaluz que en Lima tanto se enriqueció, y que aquí, por la pobreza, adquirió sencillez monacal. En esta vista, así como en la de la Alameda, se ven los tipos peculiares de la época: cruzan calesines ó furlones, la gente viste de sarazas, carpas hechas con sacos abrigan ventas de ropas, zapatos, frutas y verduras. Estos mercados eran frecuentados por la gente elegante.

Santiago tenía entonces alrededor de 30,060 almas. De la poca edificación lujosa que tenía podemos formarnos una idea exacta viendo la casa, que aun se conserva, de la familia Correa y Toro, la llamada "Casa colorada" (calle de la Merced). Era el tipo del palacio durante la Colonia, al final de la Colonia: casonas espa-



El Santa Lucía en 1871

ñolas con grandes patios, modelo greco-romano. Por cierto que no eran así, como la "Casa colorada", todas las viviendas de Santiago; pero había algunas de familias opulentas. Yo mismo recuerdo, en mi niñez, haber visto veinte ó treinta, que todavía quedaban. La renovación de la ciudad operada en los últimos veinticinco años, concluyó con las antiguas casas de balcón corrido y mojinete. La capital no era otra cosa que una aldea grande, contenida entre dos basurales: uno en la Cañada (Alameda), otro en el Mapocho. A su frente, en la parte alta, estaba esa aglomeración de piedras volcánicas formando un cerro obscuro y desnudo, del más desolado aspecto, un abominable pudridero y guarida. Sin embargo, ya se veían algunas construcciones monumentales prestándole á la ciudad lineamientos de plaza fuerte: la Moneda, la Catedral, Santo Domingo, el Consulado, el puente de Calicanto.

Hay un cuadro de esa época en el cual el panorama de Santiago se vé rodeado de sus montañas, en la suave y verde extensión de su llanura, con la gracia de su colorido y el conjunto de su edificación. Es una acuarela del coronel Wood, ya nombrado, de la cual es dueño el general don Salvador Vergara. Debió ser pintada esta acuarela por los años de 1830 á 1839. Se vé una parte de la Plaza de Armas destruída por el último terremoto. La ciudad se presenta pobre ante los ojos del honrado artista que la pinta tal como la vé. En cambio, el artista copia con sentimiento poético los campos y montañas circundantes. "Enciende sobre el cerro de la costa el astro de la tarde su fanal"—como decía don Andrés Bello por esos mismos años.

El coronel Wood se colocó para esta acuarela en la fortaleza del Santa Lucía. Desde ahí miró. Tal vez estaba ahí de guardia, y mataba sus ocios militares con su brillante pincel. En el primer plano aparecen cañones y troneras. Un soldado y un perro duermen la siesta. Abajo la ciudad se extiende...

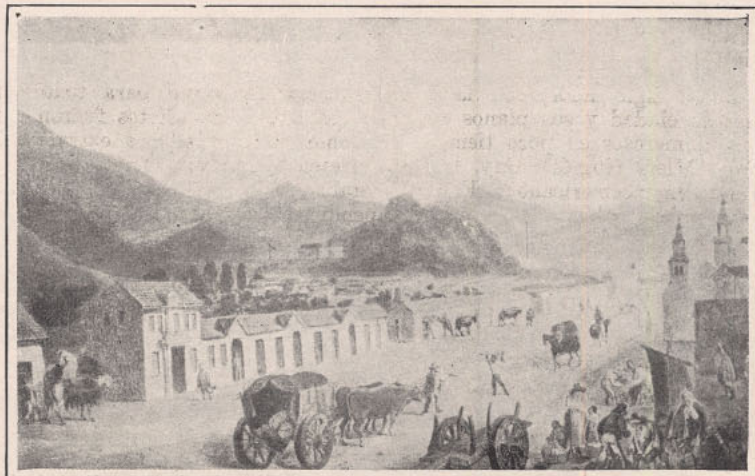
A cada momento vuelvo sobre la pobreza material que, al salir de tres siglos de mísera colonia, se veía en la capital de Chile. Deberé decir que, moralmente, la ciudad ofrecía entonces un gran aspecto. Santiago tenía ya su historia de capital de país libre; era ya cuna de soldados, legisladores y poetas, los cuales con la espada y la pluma en un día de genio, improvisaron una patria y la llenaron de tradiciones gloriosas; ya era la capital de una República que hacía sentir su supremacía en América. En esas casas feas y pequeñas vivían grandes hombres.

De la serie de planos que Santiago tuvo desde la independencia hasta 1877, solamente el de Gay y el de Herbaje ofrecen requisitos profesionales. Los demás parecen obra de aficionados. El plano de Gay fué impreso para la "Historia de Chile"; el de Herbaje se trajo de París en un pliego de marquilla barnizada. Don Benjamín Vicuña poseía la matriz de cobre de este plano. La obsequió al Municipio y ahí se quemó en 1885. Estos planos señalan el asiento del Senado en el edificio de la actual Biblioteca Nacional, y el de la Cámara de Diputados en la Universidad de San Felipe, donde hoy se levanta el Teatro Municipal.

Poco discrepa de estos planos el de Dejean en 1851. Este, como aquellos, en torno de la ciudad feudal, muestra los rancheríos de indios y proletarios: Ollería (Maestranza), Villa del Cóbil (ultra-

Alameda), el Galán de la Burra, el Llano de Portales (Yungay, etc., etc).

Dejean trabajó, además de su plano, una vista panorámica de la ciudad, en grande escala, comprendiendo campiñas y montañas. Tomó su punto de vista desde los farellones del Santa Lucía. El buen anciano—tal era Dejean— pasó los últimos años de su vida



La Alameda en 1833

vendiendo esta lámina á domicilio. Ahora es un documento sumamente raro.

Dejean era, como Herbaje, natural de Burdeos. En su juventud había sido cantero, de lo cual, por derivación, pasó á arquitecto ó ingeniero. Era un hombre distinguido y pobre. Habitaba unos altos desocupados en la calle de Huérfanos, que una señora le cedía gratuitamente. Comía y almorzaba en la Plaza de Abastos. Vicuña Mackenna, en uno de los tantos artículos que sobre Santiago escribió, cuenta haberlo conocido y lo pinta como un personaje popular y originalísimo. Cuando la patrona solía cobrarle diez ó quince años de arriendo que no había pagado, Dejean le mandaba un cántaro de agua clara. "Así—decía—líquido está cuenta".

A continuación, en 1853, apareció el plano de la obra del astrónomo norteamericano Gillis, que nada tiene de original.

Diez años más tarde (1863), el italiano ingeniero doctor y filósofo, señor Mostardi Fioretti, publicó su *Plano topográfico de la ciudad de Santiago de Chile*. Más que por su plano, Fioretti se hizo célebre posteriormente, por la polémica que sostuvo con don Manuel Blanco Caurtín á propósito de Voltaire.

En esos planos—Gay, Herbaje, Dejean y Fioretti—se estudia un período de transformación de la ciudad. Fueron treinta años durante los cuales, por el afianzamiento del orden sin dañar la libertad, floreció la vida en condiciones ventajosas. Grandes riquezas fueron explotadas. Fuimos á Europa y la Europa vino hacia nosotros, con lo cual nuestras costumbres se igualaron á la de las grandes ciudades del Viejo Mundo. La colonia fué perdiendo su carácter. La cultura general de la raza latina nos amoldó. Se fundó la Escuela de Bellas Artes.

Hubo hacendados y mineros ricos que edificaban palacios como los que habían visto en las capitales extranjeras. Vinieron arquitectos franceses. Los palacios de Bulnes, Concha y Toro, Subercaseaux, Jara Goicoechea, Meiggs, Díaz Gana, Urmeneta y otros, transformaron la fisonomía de la ciudad. El aldeón de la Colonia se puso en camino de ser una capital magnífica. Quedaron terminados en la Plaza de Armas el edificio del Arzobispado y las monumentales construcciones de Mac-Clure y de Fernández Concha.

Sin embargo, la ciudad seguía con su carácter sedentario, con más vida de salón y de círculo literario que animación exterior. Sobrevino la guerra con la España (1866), la cual hizo renacer el sentimiento de la independencia con un carácter más lírico que el que tuvo en su primera aparición, pues el romanticismo había entrado de lleno en Santiago de Chile. La ciudad se llenó de monumentos á los héroes de la independencia y la



El Santa Lucía en 1873

y la juventud era toda de poetas. Sólo más tarde, después de 1870, con don Luis Cousiño y el círculo de los "Floros",—por la flor que llevaban al ojal,—comenzó á ser ciudad de teatros, restaurantes, carreras y cortesanas.

Ciertamente no es una novedad hablar de la administración local de Vicuña Mackenna (1872-1874), ni me corresponde á mí hacer su panagírico.

Comparando el plano de Fioretti, que cierra la ciudad antigua, con el de Ansart, que señala las transformaciones realizadas bajo la intendencia de Vicuña Mackenna, se ve que en tres años el camino recorrido fué inmenso. El aspecto general de la ciudad es otro. A la renovación de la arquitectura,—debida al buen gusto y al aumento de la riqueza,—se agregó la iniciativa del Intendente. La ciudad se pavimenta, se distribuyen las aguas, se extiende el alumbrado, se funda el Club-Hípico, se abre el Parque Cousiño, se trazan los barrios que ahora envuelven esos puntos en densa y elegante población, se abre la Avenida del Cementerio, se construye el Mercado Central en un modelo perfecto, y el edificio de la Exposición de la Quinta Normal, se abren nuevas plazas, se hacen los primeros proyectos de canalización del Mapocho, se prolongan las líneas de tranvías, se separan de las urbanas las subdelegaciones rurales, y, sobre todo, se crea el paseo del Santa Lucía que hace de Santiago una ciudad única en el mundo.

Le será imposible al historiador de las transformaciones de Santiago, llegando á este período, prescindir del nombre del Intendente Vicuña Mackenna. Si no alcanzó á hacerlo todo, todo lo dejó iniciado. No hay otro nombre de chileno más grande é íntimamente ligado á la ciudad de Santiago. Con razón llaman á Vicuña Mackenna el barón de Haussmann de la capital de Chile, aludiendo al célebre transformador de París durante el segundo Imperio.

Parece mentira que, anteriormente á Vicuña Mackenna, nadie pensara adornar y convertir en paseo ese montículo árido, de áspero perfil, ese pudridero ó guarida, que los indios llamaban "Huelén" (dolor). Cuando Vicuña Mackenna inició los trabajos del Santa Lucía la gente sensata volvió á llamarlo loco; ya antes, no sé por cual otra obra genial, lo habían llamado loco. Los vecinos de las calles cercanas al cerro procesaron al Intendente; no carecían de razón, pues las piedras que los dinamitazos hacían volar, en el trabajo de debastar el peñón, iban á caer en los tejados y los rompían. Sólo después de un año de trabajo, cuando la gruesa masa de piedra comenzó á surgir en gracioso conjunto de terrazas floridas, con caminos en espiral y elegantes balustradas, con

teatros y restaurantes, museos y carruseles, con estatuas y curiosidades, sólo entonces los santiaguinos convinieron que no era tal locura, pero sí admirable idea de poeta que cambiaba por completo la fisonomía de Santiago poniéndole una joya en lugar de una verruga.

El cerro Santa Lucía, el doloroso "Huelén" de los indígenas, se transformó en un paseo que ha dado fama en todo el mundo á nuestra capital, dejando en muy insignificante condición al Pincio famoso. El Santa Lucía le forma á la aglomerada ciudad de Santiago un incomparable respiradero de aire puro; y es un "belveder" que abarca grandiosos panoramas. En su locura, Vicuña Mackenna encontró su gloria y la fortuna de la capital de Chile.

También fué obra de aquella administración local el Camino de Cintura; ancho semi-círculo que encerró la ciudad por el oriente y el sur. ¡Todo lo que costó abrir ese camino!... En ese tiempo,—como á las contribuciones durante la colonia,—los propietarios se oponían á mano armada á las leyes de espropiación. El Intendente salía á media noche con su cuadrilla de peones, semejante á capitán de bandoleros. Al día siguiente las tapias amanecían derribadas y el camino trazado. El propietario violado entablaba querrela criminal al Intendente, pero éste contaba ya con el "uti possidetis" de los romanos.

El Intendente, circunscribiendo la ciudad urbana en el marco de ese Camino de Cintura, quiso impedir que la población continuara desbordándose, extendiéndose en edificación baja y en direcciones vagas. Pero se vió defraudado. Por el oriente y el sur, la población, de una incontenible vitalidad, rompió el Camino de Cintura. El Camino de Cintura es la grande Avenida que hoy lleva dos nombres: Vicuña Mackenna, en el oriente, Manuel A. Matta, en el sur. Es una vía circular é interminable de palacios y jardines. Y la población ha continuado hacia la Providencia, hacia Ñuñoa y San Diego, por más de dos leguas. En esa parte (oriente y sur) la capital tiene su mayor vitalidad. Barrios elegantes y ciudades de obreros se improvisan en un abrir y cerrar de ojos.

B. VICUÑA SUBERCASEAUX

(Concluirá)

POLVOS, JABÓN Productos maravillosos para suavizar, blanquear y acriopelar el cutis.

CRÈME SIMON Exijase la Marca Rechazar los productos similares. J. SIMON 59, F. St-Martin Paris (10^a)

De Venta: en las principales perfumerías y droguerías. Marca registrada



Cosme Vitagliano & C^a
 Importadores de Casimires
 Perú — Chile — Ecuador

Valparaíso 168, Victoria, 168
 Santiago III, Estado, 111

Siempre nuevos arribos.
 Esta casa tiene las mas altas novedades en Casimires Ingleses.
 Constantemente enorme surtido.
 Ventas por mayor y menor a precio sin competencia III, Estado, 111
 casi esquina Alameda

Los Perfumes Concentrados



"STILLI FLORE"

DE LA PERFUMERIA ORIZA

Son los más exquisitos y los más persistentes.

UNA SOLA GOTTA BASTA PARA PERFUMARSE UN DIA

Probarlos es adoptarlos

Se encuentran en venta en las siguientes casas del centro:

Sauveur Brun
 Moutier y Cía.
 Peluquería Jardel
 Houssaye
 Arn. Dumas

